
Juan Carlos Boveri
Azul,
la que cuenta historias

Imagen: La que cuenta historias - JB

El tren – 1

El tren estaba a punto de arrancar cuando apareció la chica con una enorme valija. Miró el número de asiento en su boleto. Se inclinó tratando de levantar la valija para acomodarla en el portaequipajes.

—Dejá —le dije.

Me puse de pie. Tomé la valija. Era terriblemente pesada. Con bastante esfuerzo, conseguí ponerla en el portaequipajes. Sonreí y me senté. Ella dijo:

—Muchas gracias. Sos muy caballero. No abundan en esta época. Ya que estamos, ¿me cambiás el asiento? No me gusta viajar del lado del pasillo.

Le cedí el asiento.

Se sacó el gabán. Era muy jovencita, alta y delgada. Tenía los ojos azules y era muy bonita.

—¿Te joroba si lo cuelgo encima de tu saco? Si lo pongo en esta percha, me va a molestar todo el viaje.

Tenía el pelo castaño claro, largo y ligeramente ondulado. Usaba borceguíes de gamuza, un jean gastado en las rodillas y una polera roja. Cuando sonreía, su cara se iluminaba y parecía más hermosa aún. Pensé que sería muy difícil negarle alguna cosa a una chica como ella.

El tren se puso en marcha.

—Un, dos, tres, cuatro, un, dos tres, cuatro —dijo—. En *Bajo el volcán*, Malcolm Lowry describe así el movimiento del tren. Es increíble que se le ocurriera describir con números el ruido de un tren sobre las vías —dijo.

—Es un buen libro.

—¿Lo leíste?

—Es uno de mis escritores preferidos.

—¿Los otros? —preguntó.

—Chéjov, Dostoievsky, Camus. A vos, ¿quién te gusta?

—Corín Tellado.

—En serio.

—Soy muy romántica. Tengo todos sus libros. *El enigma de Diana* lo leí siete veces.

—Es raro que leas a Corín Tellado y a Lowry.

—¿Te gusta el asado?

—Sí.

—¿El helado de chocolate?

—También.

—¿Y qué tiene que ver el asado con el helado de chocolate?

Me quedé mirándola. Ella parecía hablar con seriedad.

—Un novio que tuve me dijo lo de los números y el tren. Me hizo leer el libro. Estuve un mes y medio para terminarlo, y eso que me salteé varias páginas. ¿Vivís en Rosario? —preguntó.

—Vine a visitar a mis viejos. Vivo en Buenos Aires. Estudio abogacía, estoy en tercero. Trabajo como procurador en un estudio jurídico. Mi viejo no quería que trabajara hasta recibirme.

—En síntesis, te mantiene tu viejo. ¿Te recibís y volvés?

—Me quedo allá. ¿Estás estudiando en Buenos Aires?

—Ahí vivo. Vine a buscar unas cosas. Tomé el tren de las siete de la mañana y, como ves, me vuelvo en el de las siete de la tarde. No sé por qué le dicen «viaje relámpago» a ir y volver en el día. Voy a estar más de doce horas viajando. Medio día de mi vida en un tren. Y porque es un rápido, mirá si fuera un tren lechero y parara en todas las estaciones.

Me sonreí. Hablaba con mucha gracia.

—¿Tenés familia en Rosario? —pregunté.

—No.

Le ofrecí un cigarrillo.

—Fumo habanos.

—No sabía que las mujeres fumaran habanos.

—En mi familia, las mujeres fumamos habanos o en pipa.

Pensé que lo decía en broma pero, por el modo en que lo dijo, me hizo vacilar.

—Fumás negros. Sos del Ku Klux Klan.

Sin duda que era muy veloz mentalmente.

—A los yanquis todavía no se les ocurrió mezclar negros con el tabaco —le respondí.

—Son muy creativos. Ya se les va a ocurrir.

—Por ahora, los mandan a Vietnam para que mueran.

—¿Los negros van a la guerra? No sabía. En las fotos de soldados siempre hay blancos y rubios sosteniendo la bandera norteamericana cada vez que capturan heroicamente una aldea con viejos, mujeres y chicos.

Realmente era una chica con gracia. Levantó un poco la cabeza, mirando a lo largo del vagón. Pareció que se fijaba en el modo en que los pasajeros habían dejado las ventanillas: abiertas, a medio cerrar o cerradas. Como si eso le dijera algo.

—Te parecés a Jacqueline Bissett.

—No la conozco. Me parezco a mi abuela. Vos sos una especie de Al Pacino con bigote.

—¿Viste *El Padrino*?

—No sé si la voy a ver. No me gustan las películas de tiros.

—Es sobre el poder.

—Pero hay tiros.

—Sí, pero trata de otra cosa. Es muy buena.

—Si es como las de Bergman, no me gusta.

—Para nada. Es una película perfecta. La actuación, la dirección, la música.

—A mí me gustan las de amor. Con *Love Story* lloré tanto que terminé limpiándome la nariz con el papel del chocolate. ¿Viste cuando Ali MacGraw dice: «Amar es nunca tener que pedir perdón»? Eso es el verdadero amor.

—El amor no existe —dije.

—¿Tu mamá no te quiere?

—Esa es otra clase de amor. Me refiero al amor entre un hombre y una mujer. No es cierto que el amor sea eterno, más bien es como las latas de conserva: tiene fecha de vencimiento. Claro que eso no es amor. Será lo que quieras pero no es amor. Si lo fuera, duraría para siempre. A la gente le gusta emborracharse con palabras bonitas pero vacías.

El guarda pidió los boletos.

—Buenas tardes, señor. ¿Le van bien sus cosas? —le dijo, dándole el boleto.

—Buenas tardes —le contestó, un poco sorprendido por el saludo—. Si, muy bien. ¿Y a usted?

—Acá me ve, conversando con el caballero.

El guarda marcó el boleto y se lo entregó con una sonrisa.

—Muchas gracias, señor.

—Buen viaje —le respondió el guarda.

Torcí la cabeza mirándola. Puso el boleto en el bolsillo trasero de su jean.

Unas gotas de lluvia golpearon el vidrio.

—La lluvia quiere viajar con nosotros —dijo.

No respondí como debía y salí con cualquier otra cosa.

—No me dijiste si estabas estudiando.

—No. No te dije.

—¿Qué hacés? ¿A vos, también, te mantiene tu viejo?

—En este momento, mis padres están en el cielo. Espero que estén muy bien allá, anden por donde anden.

Miró hacia la ventanilla.

—Perdoná —no supe qué otra cosa decir.

—No tenés obligación de saber.

—¿Trabajás? —pregunté, por cambiar de tema.

—Sí.

—¿Qué hacés?
—Cuento historias.

El tren – 2

Estiró las piernas y puso un pie encima del otro.
—Te dedicás a escribir.
—No. Soy contadora de historias.
—¿Chistes?
—Historias.
—Para chicos.
—Para adultos.
—No entiendo.
—Hay gente mayor que busca una dama de compañía. Con el tiempo, sus amistades murieron y sus hijos están demasiado ocupados como para acordarse de ellos. Más bien, quieren olvidarse que existen. Esa clase de gente está sola y precisa de alguien que la acompañe al teatro o a tomar el té. Otra gente ama la literatura pero ya no pueden leer porque se les gastó la vista con el paso de los años. Entonces, pagan para que les lean libros.
—Vos sos una lectora.
—No. Mi abuela contaba historias, mi mamá contaba historias, yo cuento historias.
—Sé que hay lectores de libros. Lo que vos hacés sería algo así como contar un cuento de *Las mil y una noches* o *El Gran Gatsby* sin leerlo.
—No.
—Entonces, ¿qué contás?
—Depende de quién sea la persona.
—Si fuera yo.
—Que te llamás...
—Nicolás, ¿y vos?

—Azul.

—No conocía nadie que se llamara Azul.

—Siempre hay un primer minuto en el que se empieza a conocer. Y un último minuto en el que ya no se puede seguir conociendo nada de este mundo.

—Es cierto —dije, eso había sido muy profundo.

—Lo decía mi ex novio.

Preferí no seguir con el tema y pregunté:

—¿Y qué historia me contarías?

—A vos, Nicolás, te contaría la historia de mi abuela, de cómo comenzó a contar historias, de cómo le enseñó a mi mamá; y algunas cosas más.

—Contame. No entiendo lo que hacés y me gustaría saber de qué se trata.

—Si te cuento, sabrías casi todo de mi vida pero no me importa. Conocí a un viajante de comercio. Pasaba horas en los trenes. Siempre le contaba su vida al pasajero que se sentaba en el asiento de al lado. Decía que el mejor oyente para contarle intimidades es un desconocido. Ignora dónde vivimos, nuestro apellido, no hay nada de qué preocuparse. ¿Qué secretos nuestros va a revelar si no sabe quiénes somos? Ni siquiera se entera que le hemos contado un secreto. Así que a vos, que sos el pasajero que estás sentado a mi lado, te voy a contar la historia de mi abuela.

Biddie – 1

Mi abuela, Biddie O´Hara, a los catorce años no conocía otro lugar del mundo que no fuera la aldea de Cong, en el condado de Mayo, en Irlanda.

A esa edad, su padre, mi bisabuelo James O´Hara, la llevó a Headford, en el vecino condado de Galway. Mi bisabuela Caitlin precisaba comprar telas en la tienda de Sean Flannegan. Haría

unos vestidos para el casamiento de Tom MacGrady y mi tía abuela Devany, que había cumplido dieciséis un mes antes.

En la tienda trabajaba Ian Connelly, al que el señor Flannegan dejaba dormir en el parte trasera. En ese entonces, Ian tenía dieciocho años y, desde el momento en que Biddie entró al negocio, se enamoró de ella. Pero Biddie se encontraba demasiado ocupada en mirar a su alrededor como para prestarle un poco de atención.

Cuando mi bisabuela Caitlin pagó por la compra y se marchaban, Ian Connelly corrió a abrirles la puerta.

Biddie iba detrás de su madre, cargando una caja. Ian se la quitó de las manos, las acompañó hasta el carro y esperó que Biddie se sentara en la plataforma trasera, dando la espalda a mis bisabuelos, ubicados en el asiento principal.

Cuando mi bisabuelo James azuzó al caballo y el carro comenzó a andar, Ian Connelly corrió atrás, se arrancó un botón de la camisa y se lo dio a Biddie.

Él se quedó parado en medio de la polvorienta calle viendo cómo el carro se alejaba mientras Biddie se sentía terriblemente confundida. Ningún hombre de Cong le había hecho un regalo y ni uno de ellos, conociendo el carácter de James O´Hara, se le había acercado.

Biddie no entendía muy bien qué estaba sucediendo ni por qué razón le ardían las mejillas, pero su mano apretó con fuerza el botón.

Biddie – 2

Una semana después, Biddie llevó unas ovejas a pastorear cerca del río. De pronto, se le cortó la respiración. Frente a ella, como si fuera una aparición, estaba Ian Connelly mirándola con sus dulces ojos celestes.

No intercambiaron una palabra. Solo se quedaron ahí, de pie, uno frente al otro.

—¡Ey! ¿Qué estás haciendo? —escuchó Biddie a su espalda.

Giró la cabeza y vio a su hermana Devany.

Antes que llegara hasta ellos, Ian salió corriendo.

—¡Te conozco, Ian Connelly! ¡Voy a contarle a mi padre!

Biddie le imploró que no lo hiciera. No habían hecho nada malo y ni siquiera hablaron una palabra.

Devany la tomó del cuerpo, la hizo caer al piso y le retorció el brazo.

—¡No pienso soltarte hasta que confesés!

—¡No tengo nada que confesar!

—¿Estás enamorada de él?

—¡No! Es la segunda vez que lo veo.

—Es bastante. ¿Estás enamorada?

Le retorció el brazo con más fuerza.

Biddie ya no soportaba el dolor.

—¡Sí! —dijo.

Devany la soltó. La ayudó a levantarse. Le dijo:

—Si corrés, vas a alcanzarlo. Yo me encargo de las ovejas.

Biddie vaciló.

—¡Vamos, estúpida! Si no vas ya mismo, tendrás que caminar hasta Headford.

Mi abuela Biddie era la chica más veloz del condado y le había ganado muchas carreras a muchachos. Salió disparando y, a dos millas del pueblo, alcanzó a Ian, que caminaba agitando una rama de avellano.

Con la respiración entrecortada, Biddie le preguntó:

—¿Para qué viniste hasta aquí?

Con su cara pálida y llena de pecas, de repente, enrojecida, Ian demoró en responder:

—Quería verte —le dijo.

Todavía sin poder recuperar por completo el aliento, Biddie preguntó:

—¿Para qué?

Ian miró hacia el piso. Con dificultad, en voz baja, dijo:

—Pienso todo el tiempo en vos. No puedo dormir, me doy vuelta para uno y otro lado. Creo que no puedo tenerte lejos.

Se quedaron en silencio mirando hacia la pradera.

Biddie nunca pudo explicarlo pero, como si el mismo diablo se hubiera metido en su cuerpo, dio unos pasos hasta ponerse junto a Ian. Lo miró a los ojos por unos segundos y le dio un beso en la boca. Luego, como si el viento la llevara, corrió hasta su casa en Cong.

Esa noche, soñó con Ian Connelly y, al despertar en la mañana, supo que él era el único hombre al que amaría en la vida.

Biddie – 3

Durante tres meses, Ian Connelly y Biddie se encontraron, a escondidas, en las ruinas de la vieja abadía de Abbey Cong. Él le llevaba una flor silvestre que cortaba por el camino y ella, un trozo de pastel de manzana. Pasaban el tiempo conversando tomados de la mano y, al despedirse, se daban un rápido beso en los labios.

Una tarde, James O´Hara apareció como un demonio surgido del infierno. Golpeó muy duro a Ian. Le gritó a Biddie que fuera para la casa. Ella dudó pero su padre levantaba tanto la voz que terminó por obedecerlo y corrió a la casa. En la puerta, la esperaba mi bisabuela Caitlin. Estaba furiosa.

—¡Desvergonzada! —dijo.

Le tiró una trompada. Biddie se agachó y mi bisabuela casi se fue de cabeza al suelo por el envión. Sin detenerse a pensar, Biddie subió de a tres los escalones de la escalera y cerró con

llave la puerta de su dormitorio. Temiendo que su padre comenzara a patearla para abrirla, empujó la cómoda hasta bloquearla.

Por supuesto que Caitlin, primero, y James O´Hara, después, se quedaron sin voz gritando que les abriera, y recién dejaron de golpear cuando ya les dolían demasiado los nudillos. Y esto fue cuando anochecía y era la hora de la cena.

Toda la aldea supo de esto y no había nadie que no le diera la razón a James O´Hara. Biddie cayó en desgracia. Se la consideró una hija ingrata, desobediente, que deshonró a su padre y que moriría como una solterona. Ningún hombre querría tener por esposa a una chica como ella.

Después de estar dos días completos sin abrir la puerta, el Padre Morrison fue a verla.

—Disculpe, Padre, pero si el propio San Patricio en persona llamara a mi puerta, no le abriría —le dijo.

Una hora más tarde, el Padre Morrison desistió.

—Es como querer romper una roca con un tenedor —dijo.

Al día siguiente, Biddie escuchó unos golpecitos en el vidrio de la ventana. Era su hermana Devany. Ella se había mudado con su marido a una granja cercana a Castlebar, también en el condado de Mayo.

—¿Qué hacés acá? —le preguntó Biddie.

Devany había subido con una escalera que apoyó contra la pared de la casa. De un salto, entró al cuarto.

—Empujá —le dijo mientras comenzaba a empujar la cómoda—. Es domingo, se fueron a la iglesia. ¡Vamos, apurate, cabeza de papa!

Biddie la ayudó. Todavía no podía creer que Devany estuviera en su pieza.

—Sacate esa ropa y andá a lavarte. Apestás. ¿Dónde hiciste tus necesidades?

—En el jarrón. Lo vacíe por la ventana.

Devany abrió el armario, sacó un vestido; y ropa interior de la cómoda. Dándole un empujón a Biddie para sacarla del cuarto, le dijo:

—Ponete esto. Hacé lo que tenés que hacer pero más rápido de lo que podrías si se incendiara la casa. Y no se te ocurra perder tiempo peinándote ni comiendo. Comés más tarde.

Biddie le hizo caso en todo. Nunca en su vida se lavó ni se vistió tan rápido. Al terminar, comenzó a subir la escalera de a dos escalones para ir a su dormitorio pero se detuvo. Devany se había sentado en una silla del comedor.

La vio ponerse de pie y cargar una valija.

Biddie bajó la escalera.

—¿Realmente amás a Ian Connelly? —le preguntó mirándola a los ojos.

—Sí —respondió Biddie, con absoluta seguridad.

—Entonces, vamos, afuera está el carro.

—¿Adónde vamos?

—A Headford. Ian Connelly te espera. Ya tiene los pasajes de tren. Viajan a Dublin.

—¿A Dublin?

—Allí te casás con él. Buscá a la señora Dylan. Ella te ayudará.

—Papá va a matarlo y nunca me perdonará.

—Papá nunca te permitirá casarte con él. Hacé lo que te digo. Una vez que estés en Dublin y te hayas casado, comprás los pasajes y te embarcás a América.

—¡Es una locura!

—Claro que es una locura. ¿Qué puede esperarse de vos? Todos saben que estás loca.

—¿Cómo puedo irme de acá? ¿Cómo hago para dejarte? Te extrañaría demasiado.

—Cada vez que yo te extrañe, voy a pensar que, en alguna parte, sos feliz, y eso me hará sentir bien. Subí al carro.

Antes de sacudir las riendas sobre el lomo del caballo, Devany le dijo:

—Guardá con mucho cuidado esto. Te servirá para los gastos hasta que llegués a América.

Envuelto en un pañuelo, había dinero.

—¿De dónde sacaste toda esta plata?

—Vendí unas ovejas sin que mi esposo lo sepa.

—Tom te va a matar.

—Se va enojar un poco. Pero sé cómo calmarlo.

De este modo fue que mi abuela Biddie se fugó a América con Ian Connelly, después de casarse con él en Dublin.

Biddie – 4

En Dublin, buscaron a la señora Dylan. Años atrás, Sarah Dylan, la mejor amiga de la madre de Biddie, también, desobedeció a su padre y se escapó con Earl Cunningham. Trabajaron duro y consiguieron poner una panadería en la zona este. Tenía cuatro hijos y los tres mayores trabajaban en el negocio. Pocas noticias recibía de Cong y parecía que no le interesaba saber nada de su familia.

Sarah estuvo dispuesta a ayudar a Biddie, a la que veía por primera vez en la vida. Eso fue después de preguntarle:

—¿Sabés que podrías arder en el infierno por lo que estás haciendo?

—Me dolerá menos el fuego quemándome que separarme de Ian.

Ella hubiera respondido lo mismo cuando se fugó con Earl Cunninghan. Así que ya no vaciló en hacer todo lo que pudiera por Biddie.

Además, tenía muy presente a su antigua amiga Caitlin, a la que envió decenas de cartas sin que ella respondiera una sola.

De modo que, con una sola bala de carabina, bajaba tres patos: ayudaba a una chica que pasaba por lo mismo que ella pasó; le hacía un bien a la hija de la que fue su mejor amiga; y, como imaginaba el enojo de Caitlin O´Hara, prestarle auxilio a Biddie era una buena forma de desquitarse de ella por haberla abandonado cuando más la precisaba.

Sarah Dylan, esposa de Earl Cunningham, era irlandesa y ninguna mujer irlandesa se queda con las ganas de patearle el traste a quien se lo pateó antes.

Como fuera, alojó a Biddie en su casa y permitió que Ian durmiera en el sótano de la panadería. De ninguna manera permitiría que se embarcaran antes de casarse. Esto era muy complicado. Biddie, con catorce años, era menor de edad y necesitaba del consentimiento de su padre.

Earl Cunningham conocía bien al reverendo Preston. Durante años le había enviado el primer pan caliente de la mañana y sabía que una vez que comenzaba a beber wiski o cerveza no se detenía hasta estar completamente borracho.

Sarah preparó unos bollos y una gran torta de almendra y chocolate. Earl compró una botella de wiski y, personalmente, se encargo de llevar el regalo. El reverendo Preston lo invitó a tomar unos tragos y, mientras comía los bollos, tomaba un wiski tras otro hablando pestes de los ingleses. Después de vaciar dos botellas, no recordaba ni su nombre de pila. Earl aprovechó para decirle que no se olvidara de la boda.

—¿La boda? —dijo el reverendo.

—Ya está por llegar la sobrina de mi señora esposa, a la que criamos como una hija. ¿La recuerda usted? Varias veces le trajo el pan.

—La recuerdo perfectamente —dijo el reverendo.

La ceremonia fue sencilla. Sarah Cunningham arregló un lindo vestido blanco que había usado en su propia boda y se lo dio

a Biddie. El reverendo intentó decir un sermón pero Earl le susurró al oído:

—Ya lo dijo, reverendo. Solo queda casarlos de una buena vez, así todos nos vamos a beber unas copas.

El reverendo Preston los declaró marido y mujer y hasta les dio un papel que probaba el casamiento. Después, se cayó al suelo, en el altar de la parroquia.

El reverendo durmió hasta que la señora Troy, que se encargaba de la limpieza y preparaba la comida del reverendo, lo encontró en la mañana y, tomándolo de los pies, lo arrastró hasta la cama, como siempre hacía.

Llevando una carta que Earl escribió a su hermano Curly, que había emigrado a América; un par de valijas, y un poco de dinero, mi abuela Biddie y su flamante esposo Ian se embarcaron rumbo a Nueva York.

Biddie – 5

Durante unos días durmieron en un rincón, sobre unas bolsas vacías, en casa de Curly Cunningham. Él tenía dos hijos de corta edad, y Maureen, su mujer, estaba embarazada de cinco meses. Curly trabajaba en la construcción y vivía en una pocilga de un sucio edificio de Brooklyn.

Caminaran por donde caminaran, encontraban irlandeses, italianos, polacos, negros y latinos, tan pobres como ellos. Era el año 1928 y nadie hubiera podido imaginar lo que pasaría el año siguiente, cuando el país entró en la Gran Depresión.

Así que no fue un buen año el que eligieron mis abuelos para afincarse en Estados Unidos. Pero, aunque los comienzos suelen ser difíciles, no les fue tan mal.

A los pocos días de llegar, Curly le consiguió un empleo a Ian. Trabajaría de albañil en la construcción del edificio Chrysler, en

Manhattan, y que sería el más alto del mundo hasta que lo superó el Empire State.

Al terminar el primer día de trabajo, Ian dijo:

—¿Sabés que vivimos en una isla, como en Irlanda?

—Claro, en Long Island —le respondió Biddie.

—¡Ah! Vos lo sabías porque leés libros. Tendrías que habérmelo dicho. Nunca imaginé que estuviéramos en una isla.

Biddie se rió y, una semana después, se empleó en el mercado de O´Sullivan para ayudar con la limpieza y acomodar la mercadería en los estantes. Con el escaso dinero que les quedaba, más algo que les prestó Curly, y le devolverían cuando cobraran sus salarios, pudieron rentar un caluroso departamento en Bushwick, al noroeste de Brooklyn.

El lugar tenía un cuarto de paredes descascaradas, con enormes manchas de humedad, en el que podían cocinar en un calentador, y dormir en el piso sobre un colchón usado al que tuvieron que sacar las chinches. De la canilla del baño, el agua salía en un chorrito; y el inodoro se tapaba todo el tiempo. Nada de esto los afectaba. Se sentían alegres por estar juntos y, aunque comieran una sola vez al día, a cada hora que pasaba se querían y se necesitaban más.

También, era cierto que había días en que extrañaban la gente, el viento y las lluvias de Irlanda. De todos modos, ninguno de los dos tenía la menor duda de que, trabajando con su mejor esfuerzo, podrían salir del nido de ratas en donde estaban metidos. Pero, en los primeros meses del otro año, ocurrió algo que no previeron y todo se complicó.

Biddie – 6

Durante unos días, Biddie sospechó que algo le estaba sucediendo. Pero no pensó demasiado en eso.

Estaba acomodando unas sardinas enlatadas y sintió náuseas. Trató de superar el momento pero fue más fuerte que ella. Corrió al baño y vomitó.

A la mañana siguiente, mientras bajaba por la escalera roñosa desde el tercer piso en el que estaba el departamento en el que vivía, sintió las mismas náuseas. La señora Wayne, que vivía en el primero, le preguntó si se sentía bien. Tenía cinco hijos y no demoró en darse cuenta.

—Muchacha, estás embarazada —le dijo.

Al salir del trabajo, Biddie fue a ver a la señora Tushingham. Era partera y se ocupaba de todos los nacimientos del barrio. Era una irlandesa católica y le pareció necesario aclarar un asunto para que no quedaran dudas sobre lo que pensaba.

—Te aseguro que estás embarazada. Creo que de dos meses y medio. ¿Qué pensás hacer?

Biddie la miró sin entender.

—Tener mi hijo —le respondió.

—Bien, muchacha, si decidías hacer otra cosa no hubiera podido ayudarte.

Biddie se quedó callada. No sabía de qué cosa estaba hablando la señora Tushingham.

En la noche, estaba asustada imaginando el modo en que Ian iba a reaccionar. Temía que se enojara con ella, le gritara, arrojara una botella contra la pared y, aunque no lo creía capaz, llegara a azotarla con su cinturón.

Demoró en decírselo y esperó que terminara la sopa y el plato de lentejas. Se daba cuenta que habría otra boca que mantener y lo que ganaban apenas alcanzaba para ellos dos. Nunca habían hablado sobre tener un hijo y lo que menos quería era disgustar a su esposo.

Pero Ian no se enojó, por el contrario, se alegró de un modo que Biddie nunca hubiera podido imaginar.

—¡Esta sí que es una gran noticia! ¿Te imaginás? ¡Vamos a tener un hijo! —exclamó Ian.

Biddie comenzó a llorar. Estaba feliz. Ian la abrazó.

—¡Tenemos que festejar! —dijo.

Buscó una botella de cerveza, comprada de forma ilegal por la ley seca, y llenó dos vasos.

—¡Esperá! —dijo—. No estoy seguro si podés tomar.

—La señora Pierce está embarazada y la vi bebiendo. Ella debe saber, ya tiene tres hijos.

—Tenés razón. ¡Brindemos por la familia Connelly!

Chocaron los vasos. Ian se quedó en silencio.

—¡Eh! ¿Qué pasa? —dijo Biddie, tomándolo de la mano.

Le costó trabajó responderle, su garganta estaba cerrada. Al fin, Ian dijo:

—Nunca tuve una familia de verdad.

Biddie fue a su lado y lo abrazó con fuerza.

No le importó que de la canilla del baño saliera un chorrito de agua, que el inodoro se tapara, que las paredes olieran a humedad, que se escucharan los gritos de los vecinos ni dormir en un rotoso colchón en el piso; tampoco el cansancio por las largas jornadas de trabajo; tener que preparar la comida, asear la casa; y tener ganas de vomitar. Tenía lo mejor del mundo para ella y lo tenía entre sus brazos.

Biddie – 7

Cuando Biddie tenía diez años, estuvo a punto de incendiarse la casa de los McKenna. Si eso no sucedió fue porque Biddie, que llevaba las ovejas de regreso, vio el humo desde lejos. Corrió hacia la casa de los McKenna y, por una de las ventanas, pudo ver cómo se quemaba el mantel de la mesa y el fuego se extendía a las cortinas.

Biddie buscó un balde y, usando la bomba de agua del patio, lo llenó. Tuvo que repetir la maniobra varias veces hasta que consiguió apagar el fuego.

Todo el pueblo fue a ver lo que había pasado y hasta la cantina de John Farrow quedó vacía. Consideraron que Biddie era una heroína y su padre se enorgulleció de ella.

El señor McKenna, como siempre, estaba borracho y había dejado uno de sus cigarros encendidos sobre el mantel. Regresó para ver los daños del incendio y, luego, se fue a seguir bebiendo a la cantina de John Farrow.

La señora McKenna había viajado a Leenane a visitar a su hermana, que había dado a luz por séptima vez. Al volver a su casa y enterarse de lo que Biddie hizo, le regaló un libro de cuentos que le habían dado cuando era chica y del que solamente había mirado los dibujos ya que no sabía leer ni escribir.

Desde que tuvo ese libro, Biddie se la pasó leyendo. Iba de un lado al otro con el libro y no dejaba de leerlo cada vez que salía a pastorear las ovejas.

No era mucho lo que podía conseguir para leer en el pueblo pero el Padre Morrison, al enterarse de su afición, le prestó decenas de libros.

—¿Ya lo terminaste? —le preguntaba, sorprendido por la rapidez con la que Biddie leía.

Al principio, dudaba que ella lo hubiera leído completo así que le hacía preguntas:

—¿Y qué hace el capitán... ¿cómo se llamaba?

—Ahab.

—Sí, ese. ¿Qué hace persiguiendo a esa enorme ballena?

—Todas las ballenas son enormes —le dijo Biddie, sonriendo; cuando algo le hacía mucha gracia se le veían sus dientes muy blancos que parecían brillar con la luz del sol.

—Pero esta era más grande que todas.

—¿Más grande que la ballena que se tragó a Jonas?

—Casi del mismo tamaño. Pero no recurras a tus artimañas de niña astuta para engatusarme y poder irte por las ramas. A ver, si es que leíste con atención, ¿por qué creés que el capitán Ahab quiere exterminarla?

Biddie tenía la costumbre de poner una mano pegada a su cuerpo y gesticular todo el tiempo con la otra.

—Creo que, en el fondo, se trata de una lucha del Bien y del Mal. Moby Dick parece habitar en el fondo del infierno y es como si escondiera su maldad cubriéndose con el blanco de la pureza. Lo extraño del relato es que el capitán Ahab, que debiera ser un representante del Bien, está impulsado por el odio y la venganza. Eso me hizo pensar que, tal vez, no sea el Bien luchando contra el Mal, sino el Mal de los hombres luchando contra el Mal de los Infiernos. Pero usted, Padre, sabe mucho más de eso.

El Padre Morrison se quedó mirando a Biddie y pareció como si se hubiera quedado sin palabras. Movió la cabeza y le dijo:

—Sabés, Biddie, sos una chica muy inteligente, demasiado inteligente. Es posible que, algún día, seas escritora.

Biddie no se hizo escritora pero sí contadora de historias.

Biddie – 8

Mi tío Brendan nació el 24 de octubre de 1929, el Jueves Negro en el que comenzó el crac de la Bolsa y dio comienzo a la Gran Depresión. No parecía un buen día para nacer. Pero la buena suerte que siempre acompañó a mi tío Brendan lo hizo ignorar los malos augurios en los que la gente cree. Sobre todo, después que su amigo Willy Peppard, con el que fueron juntos al colegio, ganó la lotería.

Una noche, Willy Peppard soñó con un número y lo jugó a la lotería. Días después, mientras se cortaba el pelo en la barbe-

ría de Peter Bronson, se enteró que había ganado el primer premio. Con el delantal atado a su cuello, salió corriendo a la calle; gritaba como un loco y enarbolaba el billete como un banderín. Lo pisó el tranvía. El billete ganador cayó por una alcantarilla y se fue por las cloacas. Willy Peppard se quedó sin premio y con un pie menos.

De todas maneras, la época era difícil para cualquiera. Dos meses después del nacimiento de Brendan, mi abuelo perdió su trabajo y era imposible encontrar un puesto en las empresas constructoras. Casi toda la construcción se detuvo del día a la noche. A cada sitio que mi abuelo llegaba buscando empleo encontraba largas colas de tipos dispuestos a hacer lo que fuera por unas monedas.

También Biddie perdió el trabajo. El negocio de O´Sullivan vendía apenas para subsistir. Pero Biddie no se desesperó. Confiaba en que algo bueno terminaría por ocurrir.

Mi abuelo no se sentía igual. Llegaba agotado y se tiraba a la cama. Biddie le insistía para que tomara un plato de sopa. Finalmente, él lo aceptaba porque era difícil negarse a lo que Biddie pedía. Ella siempre le decía que ya había comido y mi abuelo Ian demoró semanas en darse cuenta que su mujer no comía porque la comida no alcanzaba para los dos. Lo supo cuando Biddie se desmayó en la puerta de calle. La señora Wayne la llevó a su departamento y se ocupó del niño.

Le dio de comer y le dijo que por esa razón se había quedado sin leche y debía darle la mamadera a mi tío Brendan, lo que era tan costoso o más que si ella comiera como era debido. Por supuesto que la señora Wayne le contó a mi abuelo Ian y él juró que haría lo que fuera pero nunca más alguien de su familia pasaría hambre.

Con la ayuda de la señora Wayne y el señor O´Sullivan que, al enterarse de la situación de Biddie, le envió diariamente leche

para Brendan y sopa enlatada para ella y su esposo pudieron sobrevivir en esos días.

Antes de dar a luz y perder el trabajo, Biddie, todos los días, se tomaba un poco de tiempo, para ir a la biblioteca pública. Siempre la atendía Katy Forster, que le dijo podía llevarse los libros a su casa pero que los devolviera en el tiempo debido. Como le había ocurrido al Padre Morrison, a ella también le pareció casi imposible que pudiera leer a tanta velocidad y entender a fondo lo escrito. Pero era así y pudo comprobarlo, lo que le hizo decir que Biddie era la mejor lectora de la biblioteca, y, quizás, de Nueva York.

Biddie era muy simpática y Katy Forster, una solterona un poco amargada que se alegraba al verla. Muchas veces, se preguntó si habría tenido un niño o una niña y supuso que no había vuelto a ir a la biblioteca por ya no tener un minuto libre.

Una tarde, Katy Forster encontró casualmente a Biddie en la calle. Se enteró que había nacido Brendan y que la señora Wayne lo cuidaba junto a sus otros hijos mientras Biddie buscaba empleo. Tres días después, la señorita Forster golpeó a la puerta del departamento de Biddie. Conoció a Brendan, la miseria en la que vivía mi abuela, y supo que estaban a punto de desalojarla porque no podían pagar la renta.

—Cualquiera de la gente que conozco, estaría destruida. Y, en cambio, a vos se te ve sonriente, como si no temieras terminar durmiendo bajo un puente. Creo que merecés mucho de la vida y sé que lo tendrás.

Biddie se sintió avergonzada por no poder ofrecerle más que un vaso de agua. Pero lo sirvió como si estuviera sirviendo la mejor taza de té.

—En época de mi bisabuelo, el tizón tardío mató a las papas y hubo tanta hambre en Irlanda que en la casa no tenían ni cáscaras para comer. Muchos se fueron a otros países. Mi bisabuelo,

Cael O´Hara, se quedó y no hubo un día en que, a pesar de pasarlo realmente mal, no dijera: «Solo hay que aguantar. Tarde o temprano, las papas sanarán».

Biddie sonrió. Sus ojos azules brillaban.

Al escucharla, la señorita Forster se sintió muy orgullosa de la noticia que iba a darle. Tomó un poco de agua, dejó el vaso sobre la mesa y, como si no fuera nada importante, le dijo:

—Querida Biddie, creo que las papas comienzan a sanar. Te conseguí un empleo.

Biddie – 9

La casa estaba en la Quinta Avenida. Biddie nunca había estado en esa zona. La gente, los edificios y las casas eran por completo distintos a lo que estaba habituada a ver. Nunca había visto edificios tan altos, ni casas tan grandes y lujosas, ni negocios como esos. No tuvo dudas de que cualquiera que viviera por allí debía tener mucho dinero. Mucho más de lo que Ian y ella podrían ganar de vivir más de novecientos años como Matusalén.

Golpeó con el llamador, una dorada mano de bronce reluciente en la que su cara se reflejaba. Cuando una sirvienta, con uniforme negro, delantal blanco y cofia, le abrió la puerta, entendió que iba a entrar a un mundo que no tenía ni la menor idea que pudiera existir. Era como uno de esos sitios que describían los libros de Henry James.

La sirvienta la llevó a la cocina y le dijo que esperara sin sentarse en ninguna de las sillas. Todo estaba perfectamente limpio y no había olor a comida. El piso parecía un tablero de ajedrez, con balsosas blancas y negras; y, en un costado de la mesada, tan limpia que no se veía ni una insignificante manchita, estaba el último modelo de heladera que publicitaban las revistas y de la que Biddie estuvo tentada de abrir la puerta para ver

cómo era por dentro. Pero se contuvo y siguió parada con un pie en la baldosa blanca y el otro, en la negra.

Media hora después, la misma sirvienta la llevó a una sala de un tamaño en el que cabía veinte veces el departamento en el que Biddie vivía. La lámpara que colgaba del techo era tan grande como la cama en la que dormía con Ian.

Sentada en un sillón forrado en terciopelo bordó, una señora de cabellos plateados, recogidos en un magnífico rodete, la miró de la cabeza a los pies, como si calculara las medidas de su cuerpo, su estatura y su peso.

Con la seguridad de quien está habituada a dar órdenes y que estas se cumplan, dijo:

—La señorita Forster me habló de usted. Hace años que la conozco y confío en su criterio. Ella me aseguró que haría muy bien el trabajo.

Biddie afirmó con la cabeza. Supuso que se refería a realizar la limpieza de la casa.

—¿Ya sabe de la paga?

Movió la cabeza en forma negativa. Cuando escuchó la cifra, Biddie pensó que todo esto se trataba de una equivocación. Le ofrecían por semana lo mismo que cobraba en dos meses de trabajo en el almacén de O´Sullivan.

—¿Está de acuerdo?

—Sí, señora.

—Llámeme señora Jackson.

—Sí, señora Jackson.

—Quiero que sepa algunas cosas antes de aceptar.

Biddie hubiera aceptado aunque le hubiera dicho que tenía que lustrar los zapatos del mismo diablo.

—Mi hijo es una persona difícil... bastante difícil. ¿Le contó la señorita Forster?

—No, señora Jackson.

—En 1915, mi hijo Jimmy, se embarcó en el Lusitania. Fui a despedirlo al puerto de Nueva York. Con él viajaba un querido amigo de nuestra familia, Alfred Vanderbilt, al que, lamentablemente, perdimos. Cuando el barco navegaba cerca de las costas de Gran Bretaña, fue torpedeado por un submarino alemán. Ese asqueroso capitán alemán abrió fuego contra un indefenso barco de pasajeros. Hubo muchos muertos. De manera casi milagrosa, alguien ayudó a Jimmy y lo empujó dentro de uno de los botes salvavidas. Siempre pensé que, quizás, fuera el pobre Alfred el que lo hizo. Jimmy quedó muy malherido. Usted ya podrá ver con sus propios ojos las consecuencias.

Hizo un largo silencio que Biddie respetó. Ella conocía lo ocurrido con el Lusitania. Escuchó muchas veces hablar del barco hundido frente a las costas de Irlanda. En ese tiempo, era una nena de un año.

Luego, la señora Jackson la miró a la cara, como si quisiera estudiar su reacción, y le dijo:

—Debo advertirle que, antes de usted, unas cuantas señoritas fueron despedidas por Jimmy. Algunas de ellas, el primer día; otras, a la semana. Ninguna superó el mes. Dígame usted si, a pesar de lo que le cuento, toma el empleo.

—Necesito el trabajo, señora Jackson.

—La señorita Forster me contó de su hijo. Ninguna de las anteriores era madre. Por eso la acepté de inmediato. Tal vez, pueda entender lo que se siente cuando...

La señora Jackson perdió momentáneamente la firmeza. Pero la recuperó de inmediato. Se la veía como una mujer que sabe cómo afrontar las dificultades.

—Puede empezar hoy mismo, si puede hacerlo. Debe venir todos los días, a excepción del domingo. Siempre vendrá a esta hora y puede irse dos horas después. Creo que ese tiempo será suficiente.

Mi abuela creyó haber escuchado mal. ¿Le pagaban tanto dinero por limpiar la casa y hacer una tazas de té o alguna comida durante dos horas diarias?

—Todo lo que precise, puede pedírselo a Godfrey. Se ausentó unas horas porque debía arreglarse un diente. Bien, muchacha, ¿hay alguna cosa que quiera saber? ¿O ya está dispuesta a conocer a Jimmy?

Biddie titubeó.

—Señora Jackson, me sentiría mejor si supiera qué trabajo debo hacer.

La señora Jackson la miró sorprendida.

—¿Es que la señorita Forster no le dijo nada? Ella habló maravillas de usted. No puedo creer que no le dijera de qué se trata. Pensándolo mejor, esa mujer es demasiado reservada. Seguramente, está bien serlo. Pero yo no lo soy en absoluto.

Biddie se mantuvo en silencio.

La señora Jackson volvió a mirarla de pies a cabeza.

— Veo que es usted demasiado joven. ¿Cuántos años tiene?

—Quince. En unos meses, cumplo dieciséis.

—¡Oh, sí! Demasiado joven. Y ya con un hijo. En fin, yo tuve a mi hija Elizabeth a los diecisiete. Pero eran otros tiempos. Mi hija vive en Boston. Se casó con Peter Hollister, de los astilleros Hollister, y tiene tres hijos varones que son la encarnación de tres demonios. Muchacha, el color de sus cabellos me recuerda al mío cuando tenía su edad. La envidio.

—Señora Jackson, le aseguro que no tengo nada que alguien pueda envidiar.

—Sí que lo tiene, usted posee el más importante de los tesoros: la juventud.

—Los duraznos deben estar maduros para que se puedan comer. Sé de lo que hablo porque comí duraznos verdes y me sentí pésimo durante dos días.

La señora Jackson sonrió.

—La señorita Forster me anticipó que tiene usted muy buen humor y que es muy inteligente. Tiene usted otro tesoro invalorable para una mujer: la belleza. En la vida, es una llave que abre muchas puertas.

Hizo una pausa y, como si se acordara de algo, dijo:

—Querida, no le he dicho qué debe hacer usted.

Mi abuela esperó.

—La contraté como lectora. Debe leer libros para Jimmy.

Biddie – 10

Entró a un enorme cuarto que se encontraba en penumbras. Los postigos de la ventana estaban cerrados y la única luz era la de un velador puesto en la mesa de noche. La cama tenía un tamaño mucho mayor al habitual en las de dos plazas. Había un olor levemente rancio.

Con la cabeza apoyada en las almohadas y el cuerpo cubierto hasta el pecho, estaba Jimmy Jackson. Los únicos movimientos que podía hacer eran girar la cabeza con lentitud, mover sus brazos hasta los noventa grados en relación al cuerpo; podía abrir y cerrar los dedos pero sin poder realizar ninguna tarea que demandara alguna precisión.

Cuando fue rescatado, sus piernas estaban tan dañadas que corrían el riesgo de sufrir cangrena. Se las amputaron. Tenía treinta y cinco años y, desde los veinte, se había convertido en un pesado bulto sobre una cama. Aunque, algunas tardes, lo ponían en una silla de ruedas y lo cambiaban de cuarto para limpiar el suyo.

Biddie era una chica muy bonita y el vestido azul que tenía puesto resaltaba los rasgos de su cara, el color de sus ojos, y su largo cabello, recogido por encima de la nuca.

Hasta el dormitorio, la acompañó Madelaine, la mucama que la había atendido cuando llegó a la casa.

Antes de entrar, Madeleine le dijo:

—No lo mirés a la cara. Mejor todavía, no lo mirés. Le molesta que lo hagan.

Golpeó a la puerta y susurró:

—Que Dios te proteja.

Luego, dijo:

—Señor Jackson. Su madre envía a la señorita Biddie. Será su nueva lectora.

Madeleine miró de reojo a Biddie y salió del dormitorio.

Biddie permaneció quieta.

No se movió ni nadie dijo una palabra durante quince minutos. Mi abuela contó los minutos en un reloj de madera que colgaba de una de las paredes y del que podía escuchar el tic-tac retumbando en las paredes y sobre el oscuro piso de madera. Las cortinas le parecieron muy pesadas y de un feo color morado que le recordó a las berenjenas.

Imprevistamente, Jimmy Jackson dijo:

—Lea.

Biddie vio varios libros sobre la mesa de noche. Tomó el que estaba encima de todos.

Arrimó una silla.

—¿Quién le dijo que puede sentarse?

Jimmy Jackson tenía una voz áspera que sonaba llena de odio y rencor.

Biddie se quedó de pie. Abrió el libro. Era *Rojo y Negro*, de Stendhal. Estaba escrito en francés. Ella intentó tomar otro.

—Lea el que tiene en la mano —ordenó él.

Por supuesto que Biddie no sabía hablar francés así que, en ese momento, supo que su trabajo había terminado.

Dejó el libro sobre la mesa.

Con los ojos llenos de lágrimas, comenzó a caminar hacia la puerta.

Se detuvo. Giró el cuerpo para despedirse. Pero, en vez de hacerlo, se le ocurrió decir:

—Francis Shakleton nació en medio del campo, cerca de uno de los arroyos que descienden desde las montañas de Twelve Bens, en Connemara, del condado de Galway, en Irlanda. Hacía tanto frío en ese amanecer del invierno que su padre, Robert Shakleton, tuvo que matar al caballo para que la sangre caliente del animal le diera calor al niño.

Se calló. Casi no podía respirar.

Se quedó completamente quieta, con la cabeza gacha.

Le pareció que el tictac del reloj sonaba más fuerte.

De pronto, se sobresaltó. Jimmy Jackson había preguntado:

—¿Quién es ese Francis no sé cuanto?

Biddie respiró hondo y dijo:

—¿Quiere que le cuente cómo su padre, Robert Shakleton, le salvó la vida al nacer y las cosas que le sucedieron después?

Jimmy Jackson la miró a la cara.

Finalmente, dijo:

—Cuénteme.

Biddie tragó saliva.

—Hacía tiempo que Robert Shakleton había decidido que él y su esposa Niamh O´ Brien se mudaran de Renvyle a Clifden, donde tenían parientes. No eran muchas las millas que separaban a los dos pueblos pero el carro perdió una rueda y tumbó sobre el camino desierto. La señora Shakleton cayó del carro y su espalda golpeó pesadamente contra el suelo. Estaba embarazada de ocho meses y el parto se adelantó. Su vida y la del bebé corrían serio peligro. Sin poder levantarse, Niamh tomó de la mano a su esposo y, con un hilo de voz, le dijo: «Por favor, no pensés en mí. Salvá al niño».

—Siéntese —dijo Jimmy Jackson, interrumpiéndola.

Biddie acercó una silla y se sentó junto a la cama.

Así fue cómo mi abuela Biddie O´Hara, esposa de Ian Connelly, se convirtió en contadora de historias.

Biddie – 11

Durante un largo año, mi abuela, de lunes a sábados, le contó la vida de Francis Shakleton a Jimmy Jackson. Una tarde, Jimmy le pidió que lo llamara por su nombre.

—Jimmy, no. Eso es cosa de mi madre y todos terminaron llamándome así. Llámeme James.

Le preguntó sobre Irlanda, quiso saber de Ian y del pequeño Brendan. Pero eso fue solamente en el primer mes. Más tarde, nunca más preguntó algo de su vida personal. Tampoco volvió a recibirla en la cama. La esperaba sentado en la silla de ruedas, con una frazada escocesa cubriéndolo por debajo de la cintura, y ordenaba que le sirvieran té y galletitas.

La familia Jackson había sufrido graves pérdidas económicas por la crisis pero, al no especular en la bolsa de valores y tener una gran extensión de campos y reservas en oro, logró mantener su nivel de vida, aunque con algunas restricciones. El padre de Jimmy nunca creyó en los bancos y, al morir a los cincuenta años, pocos meses más tarde del accidente que arruinó la vida de su hijo, dejó una fortuna sólida sin haber recurrido a la especulación financiera que practicaban la mayoría de los ricos.

En todas esas tardes en que mi abuela iba a la casa Jackson, Godfrey, el mayordomo, la trataba con mucha gentileza y nunca dejaba de cambiar unas palabras con ella, preguntándole sobre el estado del tiempo o cómo se encontraba su familia.

Godfrey era un hombre de sesenta años, de los que nunca se casan, y había servido los últimos veinticinco a la familia Jack-

son. No había nada que él no supiera de lo que ocurría a su alrededor pero jamás cometía una infidencia. Madelaine, la mucama, y Etta, una negra gorda, nieta de esclavos, que trabajaba como cocinera, le tenían gran respeto. Wilbur, el chofer, lo odiaba. Decía que era un pedante.

Godfrey simpatizó con Biddie y era común verlo sonreír estando con ella; incluso, en una ocasión, soltó una carcajada que ni Etta ni Wilbur pudieron creer cuando Madelaine les contó.

En realidad, Godfrey era un hombre sin familia propia y todo lo que tenía en la vida era el mundo que lo rodeaba en esa casa. Biddie lo entendió y le tejió una bufanda de lana blanca para el día de su cumpleaños.

Godfrey miró sorprendido el paquete. Nunca le habían hecho un regalo de cumpleaños y solamente Maggie Jones, la anterior cocinera, lo felicitaba pero sin hacerle obsequio alguno; aunque, ese día, le preparaba su comida preferida: carne asada.

Al quitar el papel, Godfrey se quedó con la cabeza gacha, mirando fijamente la bufanda.

—Lo veo más tarde, señor Godfrey, el señor Jackson me espera —dijo Biddie.

Mi abuela se había dado cuenta que el señor Godfrey se esforzaba por no llorar delante de ella.

Biddie – 12

La segunda vez que fue a la casa Jackson, Jimmy estaba sentado en su silla de ruedas y, sorprendiendo hasta a su propia madre, había decidido recibir a Biddie en la biblioteca.

Ella jamás había visto tantos libros juntos, que no fuera en la biblioteca pública. Podría pasar años encerrada en esa inmensa habitación, leyendo día y noche, y, quizás, no terminar de leerlos. Había más de quince mil de ellos ubicados en los firmes estantes

que cubrían la mayor parte de las paredes. Charles Jackson había comenzado la colección y su hijo, Nelson Jackson, la aumentó en forma considerable.

Charles era hijo de irlandeses prebisterianos, de mediana posición económica, y primo segundo de Andrew Jackson, el que llegó a presidente. Mientras la familia de Andrew fue a Missisippi, la de Charles se afincó en Filadelfia y se dedicó al comercio. Al morir, Charles dejó una importante fortuna. Había invertido en el ferrocarril y el telégrafo y las empresas que creó dieron enormes beneficios. Nelson supo administrar el dinero comprando tierras y entrando en el negocio del petróleo. Nelson, como Charles, no solamente se preocupaban de ganar dinero sino que tenían otra pasión: la lectura. Compraban grandes cantidades de libros traídos desde Inglaterra y Francia.

Jimmy heredó de su padre y su abuelo el gusto por los libros pero, después del ataque al Lusitania, le resultaba muy difícil sostener uno en las manos y, aunque usara un atril, por las dificultades físicas que tenía, le costaba leer por más de media hora. Esa era la razón por la que contrataba lectoras y Biddie resultó ser la mejor de todas. Aunque, en todo el tiempo que trabajó para él, nunca le leyó un solo libro.

Biddie – 13

Al fin de ese año, Ian consiguió un trabajo en el que la paga era muy buena. Lo aceptó de inmediato. Durante meses se había sentido un inútil siendo mantenido por Biddie y apenas pudiendo colaborar en los gastos de la casa con unas miserables monedas. Era su oportunidad de demostrar lo que valía. Para nada es digno de un hombre que su mujer lo mantenga.

Ian era un hombre decente pero, andando en la calle en busca del modo de sobrevivir, conoció a Bernie Thompson en una can-

tina clandestina. Bernie invitó con los tragos y terminaron borrachos. Al salir, un auto frenó frente a ellos. Bajaron dos tipos con revólveres en las manos. De manera instintiva, Ian empujó al piso a Bernie y se lanzó sobre los tipos. Ian había aprendido a defenderse desde chico. Noqueó a uno de ellos y al otro lo tumbó y le pateó la cabeza. El que manejaba intentó algo pero Ian tomó uno de los revólveres y le dijo que se llevara a los monos. El chofer los cargó en el auto y se marcharon.

A Bernie se le pasó la borrachera en el acto y le dijo a Ian que le pidiera lo que quisiera, él se lo daría. Ian no lo tomó en serio. Lo palmeó y lo acompañó hasta que aparecieron los amigos de Bernie.

Una semana más tarde, un tipo grandote lo esperaba en la puerta de su casa. Le pidió de buena manera que subiera al coche. Bernie quería verlo. Pudo imaginar lo que fuera pero nunca que encontraría al borracho de la cantina sentado detrás de un lujoso escritorio. Bernie le ofreció trabajar con él pero Ian se negó. Sabía que nada lícito eran los asuntos que le proponía. Le dio la mano y se fue. En un par de días, llamaron a su puerta. Bernie le pedía que volviera a verlo.

—Sé que sos un chico decente —le dijo—. Te debo la vida y no puedo dejar que te mueras de hambre. Tengo un trabajo para vos. Un trabajo honesto. Crecí en el Bronx con Bill McKenzie. Es el hombre más correcto que conocí en toda mi vida. Desde hace años no nos hemos visto. Le pedí que me devolviera un favor que me debía desde que jugábamos al béisbol en la calle. En eso quedamos entonces. Algún día, me lo pagaría.

Tragó un vaso de wiski y continuó:

—Él te contratará para su negocio que, milagrosamente, no quebró. Tiene un almacén mayorista y precisa un hombre tan honesto como él. Te dará un par de cuartos como parte de la paga. Podrás vivir con tu mujer y tu hijo. Es buen dinero, y yo

diría que demasiado considerando lo que ocurre en las calles. Lo más sagrado es la familia. Te juro por la vida de mis hijos que Bill McKenzie es el hombre más honrado de todo Illinois.

—¿Illinois? —preguntó Ian. No sabía ni dónde quedaba.

—Para ser más preciso, Rockford. Allí vive mi amigo McKenzie. ¿Qué te parece? En Nueva York no tenés nada y todo te está esperando allá. Podés viajar la semana que viene. No te preocupés por los pasajes ni los gastos de viaje. Es un regalo para tu hijo.

En un sobre, le dio los pasajes, la dirección de Bill McKenzie, y unos dólares. Ian intentó negarse a aceptar el sobre pero, por el modo en que Bernie lo miró, supo que si lo rechazaba, él lo tomaría como una ofensa.

De cualquier manera, Bernie Thomson no hubiera estado mucho tiempo ofendido. Un mes más tarde, le tiraron desde un auto con una ametralladora y lo dejaron con más agujeros que una red de pescador.

Por supuesto que, antes de regresar a su casa, Ian se detuvo en un tugurio de venta ilegal a festejar tomando unos tragos. Valía la pena sacar un poco de dinero del sobre. Era el mejor día que había tenido desde que nació Brendan.

Biddie – 14

—¿Rockford? ¿Dónde queda? —preguntó Biddie.

Ian le había dicho el nombre leyéndolo en el pasaje de tren.

—Creo que en Illinois.

—¿Y dónde queda Illinois?

—No tengo la menor idea. Creí que sabrías, vos leés libros.

Biddie no se hubiera ido jamás de Nueva York. Tenía un buen trabajo y había conseguido otros dos clientes con la recomendación de la señora Jackson. Se había encariñado con todos los de la casa y le agradaba encontrarse, de tanto en tanto, con Ka-

tie Forster y charlar de libros y de lo mal que andaba el mundo. Pero entendía a su esposo y él era lo más importante en su vida. Estaba dispuesta a seguirlo al Polo Norte en traje de baño si se lo pedía.

—Encargate de Brendan, enseguida regreso.

—¿Adónde vas?

—A averiguar donde queda Illinois

Biddie salió y volvió a entrar.

—¿Qué pasa? —preguntó Ian.

Ella miró uno de los pasajes.

—Rockford —dijo, como si lo estuviera memorizando.

Después, se fue para saber en qué sitio irían a vivir.

Biddie – 15

Llegó un poco antes de la hora acostumbrada a la casa Jackson. Mi abuela siempre fue muy puntual. Creía que nadie tiene derecho a llegar tarde. No solo es de mala educación sino una manera de menoscabar al otro, como si fuera un rey o una reina haciendo esperar a sus cortesanos. Había pasado un largo rato pensando en lo que diría. Nada le parecía lo bastante bueno como para expresar lo que sentía y lo agradecida que estaba.

Los Jackson le habían dado la oportunidad de trabajar cuando lo necesitaba más que un vaso de agua de haber andado en el desierto. Todos en la casa la habían recibido con gentileza y tratado como a una dama. De alguna forma, se había encariñado y se sentía compungida por tener que renunciar.

La señora Jackson no salía del asombro. Había llegado a estimarla mucho. Madelaine lloró al enterarse y Godfrey empalideció. Hasta Wilbur, el chofer, que criticaba a todo el que tuviera cerca, recibió la noticia como si una paloma hubiera ensuciado su traje de domingo. Faltaba Jimmy.

Él no se enojó pero se lo notó deprimido. Le deseó suerte y le extendió la mano. Cuando Biddie se la dio, vio que a Jimmy se le llenaban los ojos de lágrimas.

Inesperadamente para ella, le dijo:

—¿Qué voy a hacer ahora?

Biddie no supo qué decir.

Sin soltarle la mano, Jimmy agregó:

—Le estoy muy agradecido.

Mi abuela demoró unos segundos en reaccionar. Jimmy Jackson no era de la clase de tipos que hablan con cierta ternura. Y de ese modo se lo había dicho.

—La agradecida soy yo, señor James.

Jimmy le soltó la mano. Pareció que no había más para decir.

—Antes que se vaya, quisiera saber algo —dijo Jimmy, sin mirarla y manteniendo la vista en una de las paredes.

—Dígame, señor James.

—Desde hace un año, todos los días, excepto los domingos, usted me contó sobre la vida de Francis Shakleton. Así supe de sus amores con muchas mujeres; su vida como marino en un barco ballenero; sus borracheras. De la época en que fue actor y filmó algunas películas en Alemania; cómo llegó a tocar el piano en un cabaret del que se escapó con una bailarina que era la amante del dueño. Usted pasó más de una semana relatando lo que hizo en París cuando se convirtió en gigoló de señoras ricas; supe cómo perdió toda su fortuna en el casino de Montecarlo y cómo la recuperó en una partida de póker que duró una semana. Me contó de sus largos viajes por toda Europa y de su habilidad para meterse en problemas y salir de ellos como si lo hubiera mojado una llovizna fugaz.

Carraspeó y dijo:

—Pareciera que él hizo de todo en la vida y, hasta donde sé, apenas tenía mi edad. Me gustaría preguntarle si sigue viviendo

con tanta intensidad. ¿O se casó, tiene hijos y se sienta en un sillón a leer el periódico después de ponerse las pantuflas? Lo único que no querría saber es si ha muerto.

Biddie lo miró a la cara.

—Usted es prisionero de su cuerpo. Él lo tiene en este sillón. Pero hay una parte suya que nadie, nunca, puede encadenar: su imaginación. Con ella, puede ir donde lo desee y vivir la vida que usted quiera.

Se acercó a él, y, muy cerca de su oído, como contándole un secreto, le dijo:

—El que hizo todas esas cosas fue usted, señor James. Usted es Francis Shakleton.

Sonrió, le dio un beso en la mejilla, y salió del cuarto.

Recién lloró en la calle.

Biddie – 16

En 1932, Biddie tuvo a Virginia que, con el tiempo, fue mi mamá. Esos años eran muy malos para todos, menos para ellos, que se sentían felices de estar juntos y contentos de poder sobrevivir a la crisis.

Rockford resultó mucho más pequeña de lo que habían imaginado. Claro, comparándola con Nueva York. Caían fuertes nevadas y durante meses había grandes tormentas. En el departamento que ocupaban, se morían de frío en invierno y de calor en verano. Biddie decía que el frío pasa y el calor también. Todo era cuestión de saber esperar que las papas sanaran.

El señor McKenzie realmente era un hombre honesto y justo. Valoraba a Ian y le aumentó el salario, lo que era impensado en una época que los hombres se agachaban en la calle para juntar las colillas de los cigarrillos. El señor McKenzie, incluso, le permitía llevar a precio de costo todo lo que precisaban del alma-

cén. Eso les permitió ahorrar unos pocos dólares que escondían en una lata de galletas, al fondo del armario.

En 1935, Virginia, mi mamá, ya había aprendido a caminar y hablar. Mi abuela solía llevarla, junto a mi tío Brendan, a orillas del río y les contaba historias de gente que el río había conocido. Por las noches, se dormían oyendo de Irlanda, del abuelo James, la abuela Caitlin, y la tía Devany.

Biddie seguía contando historias para ganar dinero y, puede decirse que, con veintiún años, tenía una reputación en la ciudad y en muchos poblados vecinos, como Belvidere, New Milford o Rochelle, en los que la contrataban personas que, a pesar, de la crisis, les sobraba dinero.

El día en que Biddie entró por primera vez a la casa de Eleanor Russell no tenía forma de saber que era uno de esos días fuera de lo común, de los muy pocos que hay en la vida de cualquiera, y que marcan el destino de las personas sin que se lo pueda saber mientras ocurre.

Biddie – 17

A los veinte años, Eleanor Adams, descendiente de uno de los fundadores de la ciudad, se casó con el banquero Joseph Russell y tuvo con él a su único hijo, Edward.

Los Russell era una de las familias más ricas de Rockfort y Eleanor, especialmente, siempre había sido muy popular y considerada una de las mujeres más hermosas del condado de Winnebago. Hasta que cayó sobre ella la desgracia y, como toda la ciudad sabía, se volvió loca, que era una manera de llamar al profundo estado depresivo en el que cayó. Tomaba medicación, se negaba a comer y a higienizarse. Pasaba la mayor parte del día en la cama y solamente se levantaba para sentarse en un sillón, junto a la ventana y mirar hacia el jardín.

La mucama era Betty Cooper y conocía a Biddie.

—Me alegro de verte —le dijo—. Esperá acá. Te va a atender la hermana de la señora. Se llama Helen Hayward y vive en Cleveland. Usa ropa que le traen de París.

En pocos minutos, Helen Hayward la saludó, la invitó a sentarse y le preguntó si deseaba tomar una taza de té.

—No, señora. Muy amable de su parte —le respondió.

—Escuché muchas cosas sobre usted.

—Espero que no sean demasiado malas.

Helen Hayward sonrió.

—Si fuera así, no estaría acá. Para serle sincera, la imaginé de más edad. ¿Cuántos años tiene?

—Cumplí veintiuno.

—De verdad que al oír de usted, la creí una mujer de más de treinta años. Pero me aseguran que es la persona adecuada.

Repentinamente, la cara de Helen Hayward se ensombreció.

—Supongo que está enterada que mi sobrino Edward murió a los veinticuatro, hace año y medio. Desde chico fue muy débil y enfermizo. Mi hermana Eleanor durmió a su lado durante los siete meses en que estuvo enfermo al final de sus días. Después, cayó en este estado. Antes de la pérdida de Edward, leía todo el tiempo poemas y novelas. Desde entonces, no toca un libro.

Miró hacia el ventanal. Demoró en seguir hablando.

—Viajo desde Cleveland dos veces por semana y le leo novelas. No dice una palabra pero presta atención. Estoy convencida que es el único momento del día en que consigue evadir su dolor. Por eso la llamamos a usted. Pensamos que si puede leer para ella todos los días consiga mantenerla entretenida. No sabe lo bonita y divertida que era. Verla así es...

Volvió a mirar hacia el ventanal. Se recompuso y dijo:

—Joseph, mi cuñado, y mi hermana se adoran. Él movería el mundo para que ella mejorara. Quisieron internarla pero él se

opuso. Un psiquiatra la visita todos los días y la llena de pastillas. Pienso que los psiquiatras son para los locos. Mi hermana no está loca. Está dominada por una gran tristeza.

Biddie la escuchaba con toda atención.

—Con Joseph, queremos que usted sea su lectora. Aunque, según dicen, usted, además, suele contar historias de gente que conoció.

Biddie afirmó con la cabeza.

—¿Puede venir todos los días, una o dos horas?

—Sí. Menos los domingos.

—De acuerdo. Sé lo que cobra, pero, por la dedicación y la paciencia que esperamos usted tenga, ganará el doble.

—No, señora. No pienso cobrar un centavo hasta saber si puedo ser útil. Y, si lo soy, con lo que siempre cobro es suficiente.

Helen Hayward se quedó mirándola.

—Veo que es cierto lo que dicen de usted. ¿Puede comenzar mañana?

Biddie – 18

Al otro día, mi abuela llegó a la casa Russell. La señora Hayward la esperaba.

—En una hora, viajo a Cleveland. El psiquiatra no se opuso que lea para mi hermana. Solo pidió que, tanto con los libros que elija o si decide contar una historia de las que conoce, evite lo dramático. Cosas ligeras, amenas, que no tengan ni la más mínima relación con hechos dolorosos. Creo que usted comprende esto. ¿Verdad? En la biblioteca encontrará algo apropiado. Puede entrar y salir todas las veces que quiera de la biblioteca, y usar los libros que precise sin pedir ningún permiso. Mi cuñado y yo la autorizamos para que lo haga.

Biddie aprobó con la cabeza.

—Betty la acompañará. Perdone mi insistencia pero no se olvide de no tocar ningún tema que tenga ni la más mínima relación con lo que le pasó a mi hermana. Nos vemos en un par de días. Le deseo mucha suerte.

Primero fue a la biblioteca. Sin mirar, Biddie tomó un libro de uno de los estantes.

—¿Ya está? Elegiste rápido —dijo Betty.

Luego, sin dejar de parlotear, Betty la condujo al dormitorio de la señora Russell.

—No es porque sea maleducada pero no te saludará. No habla con nadie desde hace meses. No dice ni a.

Le dijo Betty antes de golpear la puerta y entrar.

—Acaba de llegar la señora Connelly —dijo Betty y dejó la puerta abierta para que Biddie pasara.

La señora Russell tenía la cabeza hundida en la almohada y la vista fija en la ventana. Mi abuela la saludó pero ella no le contestó. Siguió en la misma posición. Tampoco había abierto la boca ni hecho un gesto cuando Betty entró al cuarto.

Biddie se sentó en un sillón que estaba cerca de la ventana. Miró hacia el jardín.

—Ese sí que es un gran roble blanco. Debe medir más de veinticinco metros de altura. Las ardillas estarían contentas con tantas bellotas. La señora MacTaylor tenía un gran roble frente a su casa, en Loughrea, en el condado de Galway, en Irlanda. Dicen que todos los que llevan «Mac» en su apellido descienden de los antiguos habitantes que adoraban a los árboles sagrados.

Se puso de pie, mirando a través de la ventana.

—Lo que más deseaba en la vida la señora Glenys MacTaylor era tener un hijo pero, a los veinticinco, no había podido quedar embarazada después de ocho años de matrimonio. Una tarde, se sentó bajo el roble y le pidió que la ayudara. El roble la escuchó y, antes del invierno, ella quedó embarazada. Tal vez, esto

no sea cierto pero es lo que cuentan en Loughrea y nadie lo niega porque se han visto muchas cosas maravillosas en el condado de Galway.

Se calló. Vio cómo la brisa movía ligeramente las hojas del roble.

—Cuando el niño nació, la señora MacTaylor le puso el nombre Finn, por un antiguo héroe irlandés. Ella estaba inmensamente feliz. Amaba con toda el alma a su esposo, Patrick MacTaylor y, finalmente, le había dado un hijo al que adoraba. Todo estaba bien en su vida hasta que, de manera inesperada, como suelen ocurrir estas cosas, el mundo de la señora MacTaylor se destruyó en un pestañeo. A los catorce años, Finn se ahogó en el lago Riach. Patrick Mac Taylor llegó a tiempo para quitar la soga del cuello de su esposa cuando ella intentó suicidarse en el galpón de su casa.

Biddie respiró hondo. Soltó el aire suavemente.

—Todos decían que nunca habían visto a nadie sufrir tanto como a Glenys MacTaylor. Pasaba el día encerrada en su cuarto, se negaba a preparar la comida y las vecinas se encargaban de lavarla porque ella dejó de hacerlo. Un día, dejó de comer y tenían que forzarla para que lo hiciera. Había decidido morir. Pasaba el día en la cama, mirando hacia la puerta. Como si estuviera esperando que, en algún momento, su hijo entrara. Después del trabajo, su esposo Patrick se sentaba junto a ella y le contaba de las ovejas, de un caballo de tiro que quería comprar y de esas cosas de todos los días. Ella ni siquiera mostraba algún interés y tampoco le respondía una palabra porque, desde semanas atrás, había dejado de hablar. Para que durmiera, le recetaron unas pastillas que tomó al principio, hasta que decidió impedir todas las formas en que pudieran ayudarla y comenzó a escupirlas de su boca sin que la vieran. De todos modos, estaba tan débil que se dormía como si estuviera terriblemente cansada. Pero, en el co-

mienzo del otoño, cuando el frío escarchaba los campos, Glenys MacTaylor se despertó repentinamente antes de la medianoche. Vio cómo la luz de la luna entraba por la ventana, y se acostaba sobre el suelo cubriéndolo de color plata. Demoró en advertir que su esposo no estaba en la cama. Le pareció muy raro porque jamás se levantaba en las noches y siempre dormía profundamente hasta que el sol aparecía al final de la pradera.

Biddie volvió a quedarse en silencio. Seguía mirando el suave movimiento de las hojas del enorme árbol.

—De pronto, creyó escuchar un quejido. Prestó atención y, apenas sostenido por el aire, el quejido volvió a entrar en sus oídos. Se levantó con gran esfuerzo. Sus piernas se habían debilitado tanto que apenas la sostenían. Apoyándose en los muebles, llegó hasta el pasillo. Otra vez, escuchó el quejido. Era como el de un animalito. Descalza, dio unos pasos. Vio luz en el cuarto de Finn. Arrastrando los pies, llegó a la puerta. Estaba entreabierta. El quejido sonó más fuerte. Ella empujó levemente la puerta y miró hacia adentro.

Biddie movió la cabeza, como si estuviera siguiendo el vuelo de un pájaro sobre el jardín.

—Regresó a su cama evitando hacer el menor ruido. Se cubrió con las frazadas y vio cómo la luz de la luna, casi de manera imperceptible, se deslizaba sobre el suelo para dejar el cuarto, yéndose por la misma ventana por la que había entrado sin pedir permiso. Lo que Glenys MacTaylor supo esa noche nunca lo hubiera sabido de haber tomado el medicamento que le recetaron.

Biddie hizo una pausa. Apoyó una mano sobre el vidrio de la ventana. El vidrio estaba tibio, como la tarde.

—Cuando miró por la puerta entreabierta del dormitorio de Finn, supo que su esposo, al que tanto amaba, sufría mucho. Ella vio al señor MacTaylor sentado en la cama de Finn, sosteniendo el retrato de su hijo con sus manos temblorosas. El señor MacTay-

lor estaba llorando. Lloraba solo. Completamente solo. No tenía a nadie que lo consolara. Nadie con quien compartir su pena. La única persona en el universo entero que podía ayudarlo se había dejado derrotar por el dolor dejándolo solo con su infinita tristeza. Mientras él se desesperaba moviendo cielo y tierra para ayudarla a mejorar, ella, simplemente, había dejado de tenerlo en cuenta. Esto fue lo que supo esa noche la señora Glenys MacTaylor.

Biddie se sentó en el sillón. Agachó la cabeza y fijó su mirada en el piso. Se quedó quieta y callada.

Escuchaba el llanto de la señora Russell.

Lloraba cubierta por las sábanas.

Biddie seguía con la mirada fija en las maderas del piso.

De repente, escuchó:

—¿Qué fue de Glenys y su esposo?

Entonces, levantó la cabeza.

Biddie – 19

Tres meses después, Eleanor Russell se había recuperado lo suficiente como para dar un paseo tomando del brazo a Biddie y caminar a orillas del río Rock, sentarse a la sombra de los árboles, cerca del puente de la calle Jefferson, y escuchar la historia de Glenys MacTaylor.

Una de esas tardes, mientras caminaban por Haight Village, Biddie le contó lo más difícil que hizo Glenys, justamente, a los tres meses de haberse levantado de la cama para volver a hornear el pan, tener lista la comida para su esposo, asear la casa, y cepillarse el pelo.

Eleanor Russell se detuvo en mitad de la vereda, pensó un momento, y dijo:

—No sé si yo podría.

—Glenys pudo porque era irlandesa. Usted lleva en sus venas sangre inglesa.

Eleanor le dio un golpecito en la mano.

—Betty dice que sos un hada. Cuando era niña, su madre le contó que las hadas nacen en Irlanda. Yo también creía en las hadas cuando era chica. Después, me olvidé de ellas. Si fuera niña, seguramente, reconocería a una cuando la tuviera frente a mí. ¿Sos un hada, Biddie?

—Las hadas viven en el condado de Galway. Yo nací en el vecino condado de Mayo. Allí, las mujeres, más bien, somos un poco salvajes —dijo Biddie.

La señora Russell sonrió. No hacía mucho que había vuelto a hacerlo. A veces, Biddie decía cosas tan graciosas que le resultaba imposible no sonreír y hasta soltar una risita.

—Ayer, Helen me dijo que eras la chica más especial que conoció en toda su vida. Y estoy de acuerdo con ella. No creo que haya muchas chicas como vos. No sé si hay alguna.

Biddie pareció no haberla escuchado.

Se apartó de la señora Russell y, en forma inesperada, saltó la cerca de la casa de los Harris.

Eleanor Russell se quedó muda del asombro. Biddie desapareció detrás de la casa. Eleanor no supo qué hacer. Nunca había visto algo como eso.

Conocía a los Harris desde siempre y sabía que ellos estaban en Maryland visitando a sus parientes.

De pronto, vio a Biddie regresar corriendo, recogerse el vestido, saltar la cerca, como en una competencia ecuestre, y quedar junto a ella.

—¿Te volviste loca?

—Le dije que en el condado de Mayo las mujeres somos un poco salvajes. No se preocupe, la señora Harris me dijo que podía tomar algunas cuando quisiera.

Así fue cómo esa tarde, Eleanor Russell, sin soltar el brazo de Biddie, por primera vez, visitó la tumba de su hijo en el cementerio de Rockford. Le dejó muchas lágrimas y un ramito de violetas recién cortadas.

El tren

—Pedime un sanguche,

—¿Qué? —dije.

Demoré en reaccionar. Todo lo que había hecho en el tiempo que me contaba de Biddie era encender un cigarrillo tras otro y acomodarme en el asiento para poder verla moviendo una mano haciendo ademanes que acompañaban al relato mientras mantenía la otra quieta sobre sus piernas, como me contó que lo hacía su abuela.

Se había puesto un poco de costado, con la espalda fuera del respaldo, para verme a medida que hablaba, como si estuviera atenta a mis reacciones. Cada tanto, volvía a apoyarse en el respaldo, estiraba las piernas o las cruzaba. Gestos, poses, los tonos de su voz, el modo en que enfatizaba las palabras, la forma en que interpretaba los diálogos, todo parecía estar perfectamente acoplado a lo que narraba.

Jamás en mi vida había escuchado a alguien contar algo del modo en que ella lo hacía. Simplemente, era maravilloso escucharla. Estaba cautivado. No es una palabra que suela usar. Pero era eso.

—Un sanguche, al señor—repitió, con una sonrisa.

A mi lado, en el pasillo, estaba el mozo con la bandeja de sanguches cubierta por una servilleta blanca.

—Dos sanguches de jamón y queso —pedí.

Le di uno.

—¿Querías de jamón y queso?

Se encorvó de hombros; antes de morder el sanguche, movió la cabeza y levantó las cejas señalando hacia el pasillo.

—Al otro señor, pedile una Crush.

Otro mozo, atrás del que llevaba la bandeja, arrastraba un carrito con bebidas. Unas barras de hielo las enfriaba.

—Dos Crush —pedí, sin pensar. Prefería la Spur Cola. En el tren no vendían Coca Cola. Había salido de Rosario y, como en toda la provincia de Santa Fe, estaba prohibida la venta.

Metió la mano en el bolso. Me dio plata para pagar lo suyo. Me negué aceptarla.

—Mi mamá me enseñó que no debo aceptar caramelos de un desconocido. Mucho menos un sanguche y una Crush. Y no hay discusión porque no hay tema para discutir.

Metió la plata en el bolsillo de mi saco colgado de la percha.

—Mi vieja le saca la miga al pan, dice que engorda —dije.

Meneó la cabeza.

—Yo no engordo. Mi abuela nunca engordó ni mi mamá. Mi abuela siempre dijo que podría comerse una oveja con lana y lo que subiera de peso lo rebajaría levantando los platos de la mesa y llevándolos a la cocina.

Empezó a comer el sanguche. Me sentía impaciente.

—¿Y qué pasó con Biddie? —pregunté.

Hizo una seña con la mano, pidiéndome que esperara. Tragó el bocado y dijo:

—¿Te interesa mi abuela?

—Es una historia muy interesante. Falta un buen rato para que lleguemos a Retiro. Podés contarme todo.

—Si te contara todo sobre Biddie no alcanzaría el viaje de la Kon-tiki.

—¿Leíste el libro?

—No. Me lo contó mi ex novio. Mirá si voy a leer de una balsa que pasa cien días en el mar.

—Tu novio leía mucho.

—Ex novio y sigue leyendo porque está vivo. «No veléis a los que aún viven. Matadles, primero».

—¿Quién dijo eso?

—Yo —sonrió—. No, es un chiste. Mi ex novio lo decía pero no me acuerdo el nombre del que lo escribió.

Terminó el sanguche, tomó un poco de naranjada, se acomodó el pelo. Me quedé en silencio, esperando que continuara el relato. Se estiró en el asiento.

Parecía ser parte de otro mundo, de otro tipo de gente.

Miró hacia la ventanilla. Puso la mano abierta en el vidrio.

—Mirá cómo la lluvia cae sobre mi mano y no la moja. A Biddie siempre le gustó caminar bajo la lluvia. Nunca en su vida usó paraguas y ni siquiera se agarró un resfrío.

Biddie – 20

El señor Joseph Russell le pidió a Biddie que fuera a verlo a su oficina en el banco de su propiedad. Era uno de los más importantes de Illinois y, con algunas pérdidas iniciales cuando ocurrió el crac de la bolsa de valores, había conseguido salvarlo de la quiebra.

Biddie no entendía el motivo por el que quería hablar a solas con ella pero así lo decía el mensaje que le envió con su chofer, Roger Cassidy.

—Te espero, Biddie —dijo Roger—. Algo escuché y me parece que pueden ser buenas noticias.

Mi abuela se cambió el vestido, se peinó, y llevó los niños a la casa de su vecina, la señora Winters, que los cuidaba cuando ella salía a trabajar. Hizo todo tan rápido como pudo. Roger la había esperado leyendo el periódico. Al verla, le abrió la puerta del coche, un elegante Buick negro.

—Voy en el asiento de adelante —dijo Biddie.

—De ninguna manera. Sos la mejor señora de esta ciudad y las señoras viajan en el asiento trasero.

—Para vos, la mejor señora de Rockford tiene que ser Rachel, tu mujer.

—Rachel es la segunda mejor mujer de la ciudad. Y, después de veintitrés años de matrimonio, es considerarla demasiado bien. Te lo aseguro, sobre todo, si tuvieras que comer las horribles tortillas que hace.

Hablando con Roger, el viaje se le hizo corto. En realidad, eran unas pocas cuadras pero Biddie estaba demasiado ansiosa. Nunca en su vida había entrado a un banco y no solo iba a entrar a uno sino que iría a la oficina del dueño.

Todo el cuarto tenía las paredes cubiertas de paneles de roble y una enorme y luminosa ventana con dobles cortinas de gasa y terciopelo. Biddie se sentó en un sillón en el que se hundió. El escritorio le pareció más grande y el señor Russell daba la impresión de estar sentado en un trono. Tenía que levantar la vista para verlo. Trató de acomodarse, sentándose en la punta del sillón.

—Perdone, señora Connelly.

No entendió por qué le pedía disculpas.

Lo vio levantarse y caminar hacia unos sillones de cuero reluciente. Le hizo una seña, invitándola a acompañarlo.

Biddie se incorporó. El señor Russell le indicó uno de los sillones para que se sentara y él lo hizo en otro, frente a ella. Ahora, lo veía al mismo nivel que ella. En ese momento, entró la señorita Henrietta Moore, la secretaria, y dejó dos tazas con café. Antes de que mi abuela entrara al despacho del señor Russell, le había preguntado:

—Biddie, ¿vas a tomar café o té?

Le respondió que no hacía falta que le sirviera nada.

—No te vas a ir del banco diciendo que Russell es un viejo miserable que no te sirvió ni un vaso de agua —bajó el tono de la voz y agregó: —Espero que no me haya escuchado.

Las dos se rieron. Hacía tiempo que se conocían y, algunas veces, al encontrarse en la calle, paseaban juntas mirando vidrieras. Henrietta tenía un año más que Biddie y un novio con el que andaba desde los quince. Su madre le dijo que si no se casaba con él antes de lo veintisiete lo iba a echar tirándole una perdigonada en el trasero con la escopeta de su marido.

—Señora Connelly, usted hizo por mi señora más de lo que se le puede pedir a nadie. Ella le tiene un gran cariño y yo me siento en deuda con usted. Mi esposa es lo más importante en mi vida. También lo era Edward pero Dios decidió llevárselo. El dolor continúa pero pareciera que el tiempo se encarga de suavizarlo, aunque sea imposible olvidar. En fin, usted sabe que soy hombre de negocios y no conozco otra forma de agradecerle que de esta manera.

Le entregó un cheque. Biddie ni siquiera miró la cifra.

—Gracias, señor Russell. Pero ya estoy bien pagada con lo que cobro con mi trabajo.

Le devolvió el cheque.

El señor Russell entrecerró los ojos y se echó hacia atrás, sobre el respaldo del sillón.

—Mi cuñada me dijo que usted no lo aceptaría.

Biddie se puso de pie.

—Le agradezco su intención. Lo dejó trabajar.

—Siéntese, señora Connelly. Por favor.

Volvió a sentarse.

Joseph Russell metió la mano en uno de los bolsillos de su costoso saco. En una hoja de papel escribió algo. Se la entregó a Biddie. Era una dirección.

—Aquí tiene —le dijo, dándole una llave.

Biddie lo miró sin entender.

—No es un regalo. Solamente un préstamo. Sé que vive en un departamento un poco incómodo para las necesidades de su familia. Como sabe, el banco da préstamos. Este es un préstamo para sus dos hijos.

Biddie lo siguió mirando sin hablar.

—Es una casa, señora Connelly. Puede usarla por el tiempo que quiera. No puede negarse a aceptarla ya que se las presto a sus niños. La casa me pertenece y está desocupada. Es probable que haya pasado por delante unas cuantas veces. Puede mudarse hoy mismo, si quiere.

Biddie se quedó sin palabras.

—Eleanor y mi cuñada me aseguraron que usted adora a sus hijos. Supongo que querrá un buen lugar para que ellos vivan. No se preocupe por los gastos de mantenimiento. Hace años que el banco se encarga de pagarlos por razones que le será difícil comprender y para explicárselas tendría que hablarle de fideicomisos, hipotecas, finanzas, en fin, todo muy complicado. Lo único que debe saber es que ni siquiera la luz debe pagar.

Biddie sospechó que le mentía en lo de los gastos pero no estaba segura. Si de algo no sabía nada era de dinero.

—Tengo que consultarlo con mi esposo, señor Russell.

—Por supuesto. Tome su café. Puede dejar su cartera, señora Connelly. Confíe, está en un banco.

La última frase pareció que Joseph Russell la había dicho con cierta ironía.

Biddie, recién cuando él lo mencionó, se dio cuenta que no se había separado de la cartera y la sostenía sobre su falda. Pero tomó el café teniéndola todo el tiempo agarrada con la mano.

En realidad, estaba completamente confundida y eso sí que era muy raro en ella.

Biddie – 21

A la noche, mientras comían, Biddie contó que el señor Russell les prestaba una casa.

—¿Qué casa? ¿Qué locura es esa?

—Tengo las llaves.

Mi abuelo se sintió tan confundido como Biddie lo había estado durante todo el día.

—¿Y cómo es la casa?

—No sé. No la vi. Pensaba que fuéramos juntos.

—¿Dónde queda?

—En la calle Sherman.

Los dos dejaron de comer y pasaron un largo rato mirándose sin hablar. Mi tío Brendan aprovechó para tirarle migas de pan a mi mamá Virginia. Recién cuando ella metió la mano en el puré de papas, Biddie se recuperó.

—¿Qué hacemos? —dijo Ian.

—No sé qué corresponde hacer. Podríamos preguntarle al señor McKenzie.

—Voy a verle.

—¿Ahora?

—No pienso esperar a mañana.

Un par de horas después, Ian regresó.

—¿Qué dijo el señor McKenzie?

—Me respondió que el señor Joseph Russell y su esposa ya han sufrido demasiado como para que se los desprecie. «Una casa, de la que no hay hipoteca ni alquiler que pagar, y en esta época, es un regalo de Dios. Como esos regalos que Él les hace a ciertas personas cuando les da un don especial al nacer. Como el que le dio a Biddie de contar historias. Vamos, andá y decile que comience a hacer las maletas». Eso me dijo.

Biddie se puso de pie.

—¿Qué hacés?

—Voy a empacar.

Biddie – 22

La casa era mucho grande de lo que imaginaban y estaba completamente amueblada. Era una de esas casas costosas que solo tenía la gente con mucho dinero. La recorrieron tomados de la mano y se cuidaron de no tocar ninguna cosa, como si alguien pudiera reprenderlos o romper algo que no les pertenecía.

—Biddie, ¿estás segura que podemos ocuparla? Estas cosas no son nuestras.

—Por las dudas, no las toquemos —respondió Biddie.

Mi tío Brendan se trepó a un sillón y mi abuelo lo hizo bajar.

—Pueden romper algo. No toquen nada —les dijo a mi tío y a mi mamá, que corrían de una pieza a la otra.

Siguieron viendo los cuartos y terminaron sentados en la punta de unas sillas de la cocina.

—Hay demasiadas cosas. Los platos y los cubiertos parecen que estuvieran sin usar. Pienso que los anteriores ocupantes vendrán a buscar sus muebles. Ceo que debo ir con el señor Russell y preguntarle sobre todo esto.

Biddie se puso el abrigo y salió a la calle. Una hora después, regresó. Ian seguía sentado en la misma silla y mi tío y mi mamá parecían estar en penitencia, sentados junto a él.

—¿Qué dijo el señor Russell?

—La casa y todo lo que hay en ella es nuestro por todo el tiempo que queramos. No debemos preocuparnos si algo se rompe porque nadie reclamará nada.

Biddie se sentó sin quitarse el abrigo.

—Mamá —dijo Virginia, mi mamá—. Brendan se subió a una silla y quiso atrapar al pajarito cucú.

Biddie contuvo la risa. Se quitó el abrigo. Llevó a Virginia a otro cuarto y le dijo:

—Cuando yo tenía la edad de Brendan, cada vez que me portaba mal, tu tía Devany le mentía a mis padres y me protegía. Cuando nos quedábamos solas, me tiraba del pelo y me pateaba en el traste. Pero nunca, nunca, por ningún motivo, me hubiera delatado. Tu tía Devany nunca fue una alcahueta.

Mi mamá Virginia la escuchaba con la cabeza gacha.

—Andá —le dijo—. Y el resto de tu vida no hagas otra cosa que defender a tu hermano.

Mi mamá salió corriendo mientras Biddie llamaba a Brendan.

—Tu tía Devany era la chica más traviesa del condado de Mayo pero nunca hizo nada malo frente a mí. Como mi hermana mayor sabía que era su obligación enseñarme a ser una buena chica. Si se hubiera portado mal estando conmigo y yo hubiera aprendido de ella, ¿cómo podría pedirme que me portara bien y tener derecho a retorcerme el brazo? El día de hoy tiene que ser el último en que te portés mal delante de Virginia. A menos que no quieras convertirte en un verdadero hombre. Vamos, andá a ver qué está haciendo tu hermana.

Después, regresó al otro cuarto para seguir hablando con Ian que, aún, no se animaba a tomar un vaso con agua a pesar de estar muerto de sed.

Biddie – 23

Menos de un mes después que se mudaran a su nueva casa en la calle Sherman, Ian llegó con noticias.

—El señor McKenzie vendió la mitad de su negocio.

Biddie apretó el delantal con sus dos manos.

—Nadie sabe qué firma es la nueva propietaria. Me dijeron que es de Nueva York.

Biddie retorcía el delantal entre sus dedos.

—El señor McKenzie sigue al frente y todos los empleados continuamos trabajando —dijo Ian.

Biddie soltó el aliento.

—Todos dicen que debe haber sido una suma muy grande para que el señor McKenzie aceptara. Le llevó mucho tiempo hacer crecer su negocio. Los nuevos propietarios planean ampliarlo, habrá otros rubros, construirán un edificio contiguo con escaparates para mostrar los productos.

Ian hablaba como si estuviera en el andén de la estación a punto de subir al tren que comenzaba a arrancar. Tragó aire y dijo:

—Will Clay se retira. Cobrará una pensión el resto de su vida y es tan buena que podrá ir al cine y a comer a un restaurante con su mujer todas las semanas.

Biddie se dio cuenta que Ian iba a contarle algo importante.

—El señor McKenzie me dijo que soy su hombre de confianza. Me dio el puesto de jefe de compras y triplicó mi salario.

Mi abuela se quedó con la boca abierta. Después, dio un salto y quedó colgada del cuello de mi abuelo, con las piernas cruzadas sobre su espalda.

Ni se les ocurrió pensar que todo lo bueno que les estaba pasando se tratara de la obra de otro que no fuera Dios. Sin duda que Dios decide los destinos pero se precisa de las manos de los hombres para que las decisiones del cielo se cumplan en la tierra.

Biddie – 24

A mediados del año siguiente, en los comienzos del verano, Biddie recibió carta desde Irlanda. Desde que había llegado a América, todos los meses le escribía a Devany. Ella le respondía tres o cuatro meses después. Biddie decía que Devany era una va-

ga. Esta vez, después de leer la carta, Biddie le dijo a mi mamá que se subiera a cococho y a mi tío Brendan que caminara lo más rápido que le dieran los pies. Tenían que ir hasta McKenzie´s, como habían rebautizado el negocio.

Ian se sorprendió viéndola entrar a su oficina con Brendan y Virginia colgada de su espalda. Ella nunca lo molestaba en su trabajo y era la primera vez que hacía algo así.

Con la carta en la mano, respirando agitada y con las lágrimas saltando de sus ojos, Biddie, doblada por el peso de mi mamá en su espalda, le dijo:

—Devany viene a América. Vivirán acá.

Biddie – 25

Ian y Biddie agradecieron tener una casa tan grande en la que sobraban cuartos para Devany, Tom y los niños.

Biddie corría de un lado al otro, preparando todo para cuando llegara su hermana. Hacía ocho años que la había visto por última vez, el día que usó una escalera para entrar por la ventana de su cuarto y llevarla en el carro hasta donde Ian la esperaba.

En el almanaque, colgado de una de las paredes de la cocina, tachaba los días y, cada vez que trazaba una cruz, decía: «Ya queda uno menos». Ian y Biddie ni siquiera sospechaban lo que le había ocurrido a Tom y, tampoco, la razón por la que Devany vendió la granja, juntó todos los ahorros, y decidió mudarse a América.

Recién lo supieron cuando, al ir a esperarla al puerto de Nueva York, la vieron desembarcar con los dos niños. Tom no estaba con ellos.

Mientras se abrazaban como si les hubieran puesto pegamento y no pudieran separarse, Devany lloraba como si hubiera estado esperando el momento durante meses y hubiera viajado

cinco mil kilómetros a través del océano para derrumbarse en brazos de su hermana.

En el oído de Biddie, murmuró:

—Tom murió.

Biddie sintió que se le aflojaban las piernas. Se aferró a su hermana como si ella fuera una tabla que un náufrago encuentra en medio del mar. Pero reaccionó enseguida. Era ella la que debía ser la más fuerte para sostenerla.

Cuando Biddie tenía siete años, Ailin McLaglen, que tenía diez y ya era bastante alta y grandota, la empujó a un charco con barro. Devany la tiró al suelo de una trompada y le partió un diente. Desde entonces, Ailin, siempre que se reía, ponía una mano delante de los labios.

Ahora, Biddie sabía que era su turno de dar las trompadas y cuidar de su hermana.

Biiddie – 26

La primera noche, Devany le contó sobre Tom. Hacía meses que no dejaba de llorar por él.

—Paso el tiempo pensando en cuánto sufrió. Lo veo en esos últimos días, tirado en una cama, y esa mirada que clavó en mis ojos como si me estuviera diciendo tantas cosas.

Biddie la sostenía de la mano. Dejó de mirarla y dijo:

—En los tiempos de nuestro bisabuelo, Cael O´Hara, cuando ocurrió aquello de la peste de las papas, Shain McQueen perdió a su esposa. El señor McQueen había estado casado durante veinticuatro años con Arleen Stone. Durante meses, no hubo ninguna cosa de este mundo que pudiera darle el menor consuelo. Después del trabajo, comía solo y en silencio; se emborrachaba bebiendo una botella de wiski y se quedaba dormido en el sillón. Una tarde, bastante borracho, se sentó en la puerta de su casa, en un

campo lindero al del bisabuelo Cael. De pronto, recordó cómo se había reído viendo a su esposa Arleen corriendo atrás de la ropa que el viento arrancó de la soga arrastrándola de un lado al otro. Como si la estuviera viendo, se puso a reír. Al otro día, entró a la cocina y se acordó el modo en que se divertía llegando en puntas de pie para asustar a su esposa tomándola imprevistamente de la cintura. Ella daba un grito, se daba vuelta y lo golpeaba en la cabeza con una cuchara de madera, diciéndole: «¡Estúpido!». Una mañana, recordó una canción que Arleen solía cantar y, mientras preparaba el café, sin hacerlo a propósito, comenzó a silbarla. A la noche, soñó con ella. Pero la soñó increíblemente joven y bella. Él se sentía feliz en el sueño y él mismo era tan joven como ella. Desde esa noche, el señor McQueen soñó con su esposa viéndola llena de juventud y hermosura; y todos los días, sin saltar uno, se acordaba de las cosas que ella había hecho y que le habían dado tanta alegría. Así, sin que se diera cuenta, como esas cosas que van sucediendo día tras día y parecen no tener importancia, el señor Shian McQueen olvidó la muerte de su esposa Arleen y solamente recordó su vida.

Biddie miró a su hermana y sonrió con una infinita tristeza.

Biddie – 27

Poco a poco, Devany se fue adaptando y, una semana después de desembarcar, había recuperado su carácter. Era una chica fuerte y había recordado que no podía pasar el tiempo soplándose los mocos.

Donovan y Kean, sus dos hijos de siete y cinco años, se acostumbraron muy rápido. Les gustaba Bedford y el cuarto que compartían con Brendan. Cuidaban a su prima Virginia y, con los años, Donovan le rompería los dientes a Cornell Waught, que se quiso sobrepasar con ella.

Cuando eso ocurrió, Virginia le dijo: «¿Por qué te metés? Quería ser yo la que le diera la trompada. ¿Me creés tan estúpida como para no saber defenderme?».

Donovan le juró que nunca jamás movería un dedo por ella aunque la estuvieran estrangulando. Unas horas más tarde, Virginia fue y le dijo: «Gracias. La verdad es que no sé si hubiera podido voltearlo. Cornell es muy grandote».

De esa manera, Donovan retiró su juramento y siguió cuidando de su prima con la que nunca más ningún chico de la ciudad se atrevió a faltarle el respeto. Ya todos estaban enterados que mi mamá tenía tres irlandeses muy rudos de guardaespaldas. Mi abuela y mi tía abuela hicieron un buen trabajo enseñando a sus hijos cómo ser hombres. Y, claro, a mi mamá cómo debe ser una mujer que merezca llamarse mujer y que tenga el derecho a encontrar un hombre que la ame toda la vida.

A menos de dos semanas de haber llegado, Devany consiguió empleo. El modo en que sucedieron los hechos hizo que Biddie comenzara a tener ciertas sospechas que confirmaría bastante tiempo más adelante.

—El señor McKenzie regresó de sus vacaciones. Hablé con él. Aunque no está tomando nuevos empleados, me aseguró que se encargaría de Devany, que no me preocupara.

—¿Exactamente qué te dijo? —preguntó Biddie.

—Que Biddie se quede tranquila, su hermana tendrá un buen trabajo.

—¿Eso te dijo?

—Sí. Ni una palabra más ni una menos.

—Todavía no le digamos a Devany. Para invitar con torta, tiene que estar hecha. Nunca se sabe si se quemará en el horno, como le pasó a mi mamá cuando invitó al Padre Morrison. Sobre todo lo digo por vos, Ian Connelly, que tenés la costumbre de comprar una corbata nueva antes que te inviten a la boda.

—Si algo no hace el señor McKenzie es hablar de más.

—Él no. Pero vos sí. A cerrar el pico, Ian Connelly. Con los años te estás convirtiendo en un estómago resfriado que no sabe guardar los secretos.

—¿Cuándo conté uno? Además, acabó de cumplir veintiséis y no creo que se sea viejo a esa edad.

—Por fuera, te ves como un hombre joven. Por dentro, tenés cuarenta, como el charlatán de Brad Redford, tu peluquero, que se pasa el día contando la vida ajena.

Mientras estaban cenando, Biddie, por abajo de la mesa, le dio una patada a Ian. Casi se le escapa que había hablado con el señor McKenzie.

Estaban lavando los platos y Devany le dijo:

—No lo sigas pateando al pobre Ian. Tarde o temprano, voy a saber qué me querés ocultar. Ahora, estoy un poco cansada, pero si no me lo decís, mañana voy a retorcerte el brazo hasta que me lo digas.

Biddie – 28

Al día siguiente, cuando Biddie regresó de una de las casas a las que visitaba para hacer su trabajo, Devany le dio una nota que habían dejado para ella. La leyó. Era del señor Russell. Le pedía que lo viera en el banco.

Devany le había preparado un vestido para que se cambiara y la obligó a comer un sanguche de pollo. También, le dijo que se fuera tranquila, los niños le habían asegurado que estaban mejor sin ella.

—Sé cuando mentís, Devany. Te conozco demasiado bien. Ellos me extrañan. Donovan y Kean me contaron cómo los molestabas cuando vivían en la granja y que no veían la hora de encontrarse con su adorada tía Biddie.

—Anoche, Virginia se levantó de su cama y fue a la mía. Temblaba de pies a cabeza. Le pregunté qué le pasaba. Con su vocecita asustada me dijo: «Tía Devany, todas las noches sueño con un monstruo que me come las piernas, después los brazos y, finalmente, la cabeza. El monstruo es gordo, baboso, y tiene la cara de mamá».

Biddie soltó una carcajada. Devany se río con ella.

—Andate de una vez —le dijo—. Hace dos horas que trajeron la nota.

Apenas la vio, Henrietta se puso de pie y, con la cara llena de felicidad, le dio un abrazo.

—Felicitame, me caso.

Hablaron un buen rato de todo eso y, como si se hubiera acordado de repente, Henrietta dijo:

—El señor Russell me mata si sabe que ya estás acá. Me encargó especialmente que te hiciera pasar sin que esperaras un minuto. ¡Sos una chica con influencias, Biddie!

Joseph Russell la saludó con el mismo afecto con el que siempre la trataba.

—Tengo entendido que su hermana busca trabajo.

¿Cómo se había enterado? Biddie no se animó a preguntar y solamente respondió que sí.

—Supongo que sabe leer y escribir.

—Por supuesto. Devany siempre fue la chica más inteligente del condado de Mayo. Tenía las mejores notas en la escuela y no hay en este mundo quien haga mejor los cálculos matemáticos que ella. Y no tiene faltas de ortografía.

—Bien, bien —dijo Joseph Russell—. Ya sabe que la señorita Moore se casa. Su esposo no quiere que continúe trabajando. De modo que me hará falta una secretaria. Cuando me dijeron que su hermana buscaba empleo, pensé en ella. ¿Qué mejor secretaria puedo tener que su hermana?

Biddie se había resignado a sentirse desconcertada cada vez que entraba en esa oficina. ¿Devany secretaria de un banquero como Joseph Russell? Nadie de Cong lo hubiera creído. Todos recordaban cómo Joel Readgrave jugó una apuesta, fue detrás de ella y le deshizo el lazo del pelo. Devany lo corrió con una varilla de abeto, le tiró una zancadilla haciéndolo caer al suelo y lo golpeó en la espalda y el trasero hasta que le dijo: «Para que aprendas cómo tratar a una señorita».

—Su hermana, ¿sabe escribir a máquina?

—No. Pero sabe esquirlas ovejas —respondió Biddie.

Hizo sonreír al señor Russell.

—Si aprendió a ordeñar vacas a los cinco años y esquilar ovejas a los nueve, seguro que podrá aprender a escribir a máquina a los veinticuatro —dijo Biddie.

—Cuénteme un poco de ella.

—Cuando era recién casada, hubo un tornado y la sorprendió en medio del campo. No tenía dónde refugiarse así que se quitó el vestido y la enagua. Los rajó con los dientes, unió la tiras trenzándolas, y se ató a un árbol. Sintió cómo el árbol temblaba, se torcía, y parecía que iba a ser arrancado de cuajo. Pero esa encina era muy fuerte y resistió. Ella también. El viento la levantó del suelo pero no se la pudo llevar. Regresó en calzones a su casa, caminando descalza porque el viento le sacó los zapatos. Estaba agotada. Tenía las uñas rotas de clavarlas en la madera del árbol y en la tierra del suelo. Las manos le sangraban y su cara estaba raspada a pesar de haberla cubierto con parte de su enagua. Devany se sentó en una mecedora y echó la cabeza hacia atrás. Entonces, se dio cuenta que el viento se había llevado el techo. Miró a su alrededor y todos los muebles estaban dados vuelta, los platos partidos, y rotos los vidrios de las ventanas. El árbol del patio estaba volteado y se le veían las raíces. Lo único que había quedado en su lugar era la vieja mecedora. Le dolía

todo el cuerpo, de la cabeza a los pies. Cerró los ojos y esperó que su esposo, Tom MacGrady llegara. Él había ido a Castlebar para hacer unas compras y ya tendría que estar de vuelta. Pensó: «Quiero creer que no es tan estúpido como para dejarse llevar por el viento».

Biddie se rascó la nariz, haciendo una pausa.

—Después, se enteró que volaron ovejas y gallinas más arriba de las nubes, y que Tom MacGrady no era estúpido y no lo había llevado el viento. Cuando Tom entró a la casa, la encontró cocinando una tortilla con veinte huevos. Los aprovechaba porque se habían roto. En fin, señor Russell, esa era Devany a los dieciséis años, la chica que quiere tomar como su secretaria.

Joseph Russell la miraba con la boca entreabierta.

Biddie – 29

Biddie volvió a su casa poco antes de la cena. Cargaba libros y cuadernillos que sacó de la biblioteca.

Devany ya había preparado la comida y puesto la mesa. Sacando la cena del horno, le dijo:

—Un tal señor Roger que, por el uniforme que usa, trabaja como chofer, dejó una máquina de escribir para vos. Me saludó como si me conociera de toda la vida y dijo que estaba feliz de que yo hubiera venido de Irlanda. También dijo que éramos muy parecidas pero yo mucho más bonita. ¿Quién es?

—El chofer de los Russell, y no te dijo que fueras bonita porque le tiene miedo a Helen, su mujer. Cuando galanteó a la mucama de los Crawford, ella se enteró y le partió la cabeza con una botella de licor. Le dieron quince puntadas. ¿Cuándo vas a dejar de mentir? —dijo Biddie.

—Cuando vos dejés de hacerlo

—Jamás miento... A menos que sea necesario.

—La única vez en tu vida que dijiste la verdad fue cuando te pregunté si estabas enamorada de Ian Connelly. Y eso porque te estaba retorciendo el brazo.

—Basta de calumniar a tu hermana y vamos a preparar el bollo de una buena vez.

—Te escucho —dijo Devany poniendo una cara de falsamente interesada.

—La máquina no es para mí sino para vos. Estos libros y los cuadernillos te servirán para aprender taquigrafía. Tenés quince días para escribir, como mínimo, cien palabras por minuto y saber todos los signos taquigráficos. Sos la nueva secretaria del señor Russell.

—¿Qué soy qué?

Devany – 1

Devany pasó ocho horas al día sentada junto a Henrietta, aprendiendo el trabajo; y otras ocho estudiando y tecleando en la máquina al volver a la casa. Durmiendo cuatro horas, sin descuidar a sus hijos y ocupándose de la casa cuando Biddie salía a trabajar; aunque parezca increíble, en quince días, había aprendido taquigrafía, aunque inventando algunos signos que solo ella entendía; y si bien no llegó a las cien palabras por minuto, escribía ochenta y seis. Para entonces, Joseph Russell le hubiera dado el trabajo aunque no hubiera podido escribir tres letras en un minuto.

Cuando entró por primera vez a su oficina, le pareció estar viendo a Biddie. Las dos medían un metro setenta, eran delgadas, tenían el mismo color de pelo, los mismos ojos azules; y nadie que las viera a la cara podría dudar que era hermanas.

Joseph Russell le preguntó:

—¿Está contenta de estar en América?

—Estoy feliz de estar con mi hermana. La extrañé mucho estos años. También de haber conocido a mis sobrinos y volver a ver a Ian. La última vez que lo vi, en Irlanda, era poco más que un chico y, ahora, se ha convertido en todo un hombre y un gran padre de familia.

Hizo una pausa y agregó:

—Pero me hubiera gustado que mi esposo Tom MacGrady viajara conmigo. Es cierto que lo traje dentro de mí pero hubiera sido mejor tenerlo a mi lado.

Los ojos de Devany se llenaron de lágrimas.

—La entiendo muy bien, créame —dijo el señor Russell.

Devany sonrió.

—Biddie me dijo algo y sé que, todavía, me falta un poco de tiempo para olvidar su muerte y recordar solo su vida —dijo.

Joseph Russell la miró con curiosidad. Luego, dijo:

—Es usted una persona tan especial como su hermana, señora MacGrady.

—En lo absoluto. Biddie es única, se lo aseguro. La conozco desde que nació, por eso puedo decirlo. Yo no soy más que una irlandesa que trata de aprender a escribir a máquina para que usted no se sienta defraudado por darme un puesto que no me gané y que Biddie ganó para mí.

—Le reconozco que Biddie tiene que ver. Aunque ella no pidió nada porque nunca pide ni una sola cosa. Pero creo que alguien capaz de resistir un tornado sin duda que puede ser una muy buena secretaria.

—Así que Biddie anda contando mi vida. Mi hermana siempre fue muy exagerada.

—Pero fue un tornado.

—Sí, claro. Un poco de viento y polvo.

Devany sonrió mirando hacia la gran ventana.

—Un tornado es algo muy grave —dijo Joseph Russell.

—No tanto. Cuando lo más grave aparece, no hay árbol en la Tierra al que se pueda atar ni manos que lo sostengan. El viento me despeinó. *Eso* arrancó una parte de mí.

El señor Russell se quedó en silencio por unos segundos. Tragó saliva y, tratando que su voz sonara normal, dijo:

—Señora MacGrady, tiene razón en que Biddie ganó el puesto para usted. Pero es un honor para mí que usted lo ocupe.

—Señor Russell —dijo Devany—. Usted, todavía, no me preguntó si acepto. Ni yo le respondí que aceptaba.

Devany – 2

En poco tiempo, Devany llegó a escribir más de cien palabras por minutos en la máquina, entendió todos los signos de la taquigrafía, y sabía hacer su trabajo sin cometer errores. En el banco la apreciaban y no le faltaron candidatos. Otros empleados y varios clientes. Por supuesto que nunca dio motivos para que se le acercaran y, mucho menos, tuvo una cita.

Por donde fuera en Rockford, tenía pretendientes. Era muy joven, muy bonita, y viuda. Una chica así, para cualquier hombre resulta una montaña que se quiere escalar y no detenerse hasta la cima. Pero ella pertenecía a la clase de mujeres que ama una sola vez.

Tom MacGrady había sido su hombre y lo sería hasta el último día de su vida. Como Biddie era de la misma estirpe nunca le hizo la menor insinuación para que mirara con buenos ojos a tipos como Steve Heston o Eugene Lancaster, dos de los solteros más deseados de la ciudad y que le enviaban flores que Devany, pacientemente, devolvía con una nota: «Le agradezco su gentileza. Pero, seguramente, encontrará una señorita mejor que yo y que esté interesada en usted. Mis cordiales saludos», les escribía.

Cuando Alex Caine le mandó flores y una gigantesca caja de bombones, Ian le dijo:

—¿Te parece mal devolverle solamente las flores?

Si algo le gustaba a Ian, eso eran los bombones y los chocolates. Devany no le hizo caso y, al otro día, le compró una caja de los bombones preferidos de Ian. Una semana después, Devany encontró a Ian caminando por la calle. Estaba con Chester Rooney, un compañero de trabajo con el que, a veces, tomaba unos tragos.

—Chester, te presento a mi hermana Devany —dijo Ian.

Devany le estrechó la mano. Repentinamente, se sintió rara. Algo había pasado que la tomó de sorpresa. Cuando llegó a la casa, Biddie preparaba la comida.

—Me encontré con Ian. Enseguida llega. Está en la puerta, hablando con su amigo Chester.

—¿Lo conociste? Es un buen hombre y su esposa, Anne, una muy buena mujer.

Devany vaciló. Parecía pasarle algo. Biddie lo notó.

—¡Eh! ¿Qué pasa?

Devany movió la cabeza, pestañeó un poco, se aclaró la garganta y dijo:

—Cuando Ian me presentó a su amigo, le dijo: «Te presento a mi hermana Devany». Eso le dijo.

Biddie le puso un delantal.

—¿Y cómo querés que te presente? Si sos la hermana. Dale, pelá las papas.

Devany comenzó a pelarlas.

Al rato, con la voz un poco ablandada, dijo:

—Hasta hoy, no sabía que tenía un hermano.

Biddie le sacó las papas.

—Tomá, mejor, pelá las cebollas.

Devany – 3

Devany sabía cómo enfrentar lo que fuera y controlar la situación. Pero había algo que le había resultado imposible dominar: sus sueños. Todas las noches, en Irlanda, en el barco, y los primeros días en América, soñaba con Tom MacGrady en su momento de muerte. En la mitad de la noche, se despertaba transpirada, llena de angustia y no conseguía reprimir el llanto. Esto ocurrió durante largos meses.

Pero, llegó el día en que durmió serenamente y, a la mañana, se despertó con una sonrisa en los labios. Había soñado con Tom y él estaba como lo conoció: un muchacho de veinte años que había perdido a su madre cuando nació. Desde esa vez, Devany, el resto de su vida, soñó con su esposo Tom y nunca dejó de verlo joven, amable y divertido.

De esta manera, empezando por los sueños, mi tía abuela Devany aprendió a olvidar la muerte de Tom MacGrady y a solo recordar la gloria de su vida.

Devany – 4

El padre de Tom, Peadar MacGrady volvió a casarse. Su segunda esposa no estaba acostumbrada a la vida del campo y con Cal se mudó a Tralee, en el condado de Kerry, para que él trabajara en el negocio que le dejó su padre.

Tom se quedó en la granja con Tara, su hermana, hasta que ella se casó con Liam McNee y se fue a Cork. Cuando todo esto pasaba, Tom y Devany ya eran novios.

La primera vez que Tom la besó estaban sentados a orillas del río y tiraban piedritas al agua. Ella no supo muy bien qué debía hacer. Nunca la habían besado. Tom tampoco tenía mucha experiencia. Excepto por la poca que ganó cuando su tío Corney

MacGrady lo llevó con una prostituta de Dublin. Tenía mucho maquillaje y olía a cerdo. Pero, igual, le sirvió para empezar a sentirse hombre. Su tío Corney se sintió orgulloso y lo invitó a tomar cerveza. En el mismo día, Tom perdió la virginidad y tuvo su primera borrachera.

Antes de la boda, Devany se subió al carro y fue a Headford. Visitó a la señora Wood, que era mujer de sesenta años, viuda, y, de la que se decía, su marido, Victor Wood, la había conocido en un prostíbulo de Belfast.

—¿En qué puedo ayudarte? —le preguntó.

La había hecho pasar y estaban sentadas en una mesa tomando limonada. Devany no demoró en responderle.

—Preciso que me enseñe lo que debo hacer con mi marido la noche de casamiento. Quiero saber qué es bueno para él y el modo de complacerlo.

Marian Wood se quedó perpleja.

—¿Tu madre no te explicó?

Devany hizo un gesto de fastidio.

—Las madres no hablan de esas cosas. Lo que yo quiero saber es lo que hace que una mujer sea toda una mujer en la cama. Claro, para su marido.

—¡Chica! No andás dando vueltas al asunto. ¿Cuántos años tenés?

—Dieciséis —con incredulidad preguntó: —¿Hay que tener una edad determinada para saber de los asuntos amorosos?

Marian Wood se atragantó con su risa.

—¡No, mi ángel!

Tomó un poco de limonada, trató de ponerse seria y, con un poco de curiosidad, le preguntó:

—Hasta hoy, nunca habías hablado conmigo. ¿Por qué me buscaste a mí?

—Por lo que dicen, usted es una mujer de experiencia.

—¿Y qué dicen?

—Que usted era ramera antes de casarse. Con el mayor respeto. Pero es lo que dicen.

Por un momento, la señora Wood se quedó mirándola. Devany echó la silla hacia atrás y se preparó por si se le ocurría golpearla. Pero no sucedió eso. La señora Wood soltó una carcajada que, realmente, salió del fondo de su estómago.

—¡Ay, muchacha! ¡Qué delicada que sos para decir las cosas! Pero no me ofendés. Durante años, hablaron de mí. Vengo de Belfast. Claro que no fui prostituta. Pero es verdad que trabajé como cantante en teatros de variedades.

—¿Fue artista? Es una pena que no siguiera siéndolo. ¿Puede cantar para mí?

La señora Wood no se hizo rogar. Se puso de pie y, en una pose un tanto ceremoniosa, cantó una antigua balada irlandesa. Tenía linda voz, aunque un poco gastada, y cantaba con sentimiento. Devany la aplaudió.

—Gracias, querida. ¿Querés otro pedazo de torta?

—No me va a entrar el vestido. Me queda chico. Si fue cantante y estuvo casada, algo habrá aprendido, ¿no?

—Te entiendo. Yo tampoco sabía nada. Fue hace tanto...

—¿Pero se acuerda de algo?

Otra vez, Marian Wood se río a carcajadas.

Cuando Devany se subió al carro para regresar a Cong, ya sabía lo que tenía que hacer con su marido. No le hizo el menor caso a su padre, que le gritó por haberse llevado el carro sin permiso. Su cabeza estaba puesta en la primera noche que compartiría la cama con Tom MacGrady.

Lo mismo que Marian Wood le explicó esa tarde, Devany se lo dijo a Biddie mientras la llevaba en el carro para que se encontrara con Ian Connelly y se casara con él en Dublín.

Biddie – 30

Una vez por semana, desde que fue por primera vez al cementerio a ver a su hijo, Eleanor Russell le llevaba un ramo de violetas. Siempre se hacía acompañar por Biddie. Una tarde, mientras caminaban tomadas del brazo. Mi abuela se detuvo en medio de la calle.

—¿Qué te pasa?

La señora Russell realmente se preocupó y mucho.

Biddie se había apoyado contra un árbol.

—Es un mareo, enseguida se me pasa.

—¿Estás embarazada?

—No. Es este calor —dijo mi abuela—. Siga usted. La espero acá. Tómese su tiempo.

—No pienso dejarte sola sintiéndote mal.

—Me repongo en un rato.

Estaban frente a la casa de los Douglas y la señora Russell dijo:

—Voy a usar el teléfono de Mildred para llamar a Roger. O, si Vincent, su chofer, está disponible, que nos lleve él. Aunque no veo el coche.

—De ninguna manera. Los pies fueron hechos para caminar. Vaya de una vez. Me quedo acá, bajo la sombra del fresno. Como sabe, es el árbol de la vida, así que, cuando usted vuelva, voy a seguir estando donde me ve.

—Mejor, la semana que viene vamos al cementerio.

—De ninguna manera puede hacer algo como eso. Mucho menos por una tontería como esta. Edward la está esperando. Todas las semanas lo visita. No puede fallarle.

—¿Y si te sentís peor?

—Le prometo que tocaré a la puerta de la señora Douglas.

—¿Lo prometés?

—¿Conoce una irlandesa que no cumpla una promesa?

Después de visitar a su hijo, la señora Russell, que no había dejado de pensar en Biddie, caminó tan ligero como pudo.

Desde lejos, la vio jugando a la rayuela con los pequeños Wilbur y July Monroe.

Biddie estaba sobre un solo pie parada sobre el seis cuando Eleanor Russell, mirándola fijamente, le dijo:

—¿No te sentías mal?

Es verdad que usó recursos un poco melodramáticos y que recurrió a una triquiñuela, pero lo cierto fue que mi abuela consiguió que Eleanor Russell fuera sola a visitar a su hijo en el cementerio y así hiciera las cosas como debían hacerse. Una madre debe rasguñar sus tripas para sacar fuerzas y mantenerse firme cuando un hijo la precisa.

Biddie – 31

Los Russell sabían demasiado bien que Biddie era una irlandesa demasiado orgullosa y que jamás hubiera aceptado ninguna ayuda. Hubo que dar vueltas para que recibiera la casa prestada y esto porque Joseph Russell era hombre hábil para hacer negocios y, por lo tanto, conocía los modos de engañar a la gente.

Eleanor llevaba a Brendan y Virginia a su casa o a pasear al parque. Les compraba regalos y estaba atenta a que no les faltara nada. Cuando Devany llegó con sus hijos, los Russell tuvieron más «nietos». En los cuatro niños, en Biddie y Devany, encontraban el alivio para su desconsuelo. Todos sus sobrinos vivían en otros estados y escaso trato tenían con ellos. Solamente, Ethan, el hijo de Helen tuvo alguna cercanía con ellos, hasta que creció muy rápido y, después de la primera guerra, se radicó en París. Poco y nada sabían de él, a no ser por lo que Helen contaba de tanto en tanto.

Pero hubo algo que los Russell no previeron: Devany se convirtió en la secretaria de Joseph y, al correr del tiempo, estuvo al tanto de todo lo que él hacía.

—Si te cuento un secreto, prometés no decir ni una sola palabra. Ni siquiera a Ian —dijo Devany.

—¿Cuándo conté un secreto? —respondió Biddie.

—Esta vez es muy serio. No debiera decirlo. Una secretaria nunca habla de los secretos de su jefe.

—¿Por qué me lo vas a contar, entonces?

—Creo que haría mal escondiéndotelo. Antes que todos, está mi hermana aunque sea una estúpida como vos.

—Habló la cerebro de foca.

—Oí, porque de verdad es importante.

—¿Tiene que ver conmigo?

—Mucho más de lo creés.

Biddie se quitó el delantal y se sentó en una silla, junto a la mesa de la cocina. Devany estaba justo frente a ella.

—Si lo repetís, te retuerzo el brazo hasta quebrártelo.

A Biddie le encantaba escuchar secretos. Devany lo sabía, así que se levantó y fue a servirse un vaso de agua. Tomó un limón y lo exprimió hasta dejarlo sin jugo.

Biddie le conocía todos los trucos. Demoraba en contarle, haciéndose la interesante.

Devany tomó lentamente la limonada, se limpió la boca con una servilleta, volvió a sentarse, y dijo:

—Joseph Russell es el dueño de McKenzie´s.

El tren

—Señor, señor. Café.

Otra vez, recuperé la consciencia de estar en un vagón de tren. Había sido transportado de Irlanda a Nueva York, y de allí a una

ciudad de Illinois que nunca había escuchado nombrar. Para ser sincero, tampoco sabía muy bien dónde quedaba Illinois. Pero yo estaba ahí, cuarenta años atrás, siguiendo a Biddie, fascinado con ella y, ahora, con su hermana Devany.

Pedí dos cafés. El mozo los sirvió de un termo en vasos plásticos. Pagué los dos y, nuevamente, Azul puso el dinero de su parte en el bolsillo de mi saco colgado en la percha, como si fuera una alcancía.

—Riquísimo el jugo de paraguas —dijo, tomando un poco.

El café estaba asqueroso.

—¿Qué hizo tu abuela cuando se enteró que Russell era el dueño del negocio donde trabajaba tu abuelo?

Azul miró hacia afuera. La noche era muy oscura y la lluvia más intensa.

—La torta se come al salir del horno y enfriarse.

De manera cuidadosa, dejó el vasito plástico apoyado sobre el alfeizar de la ventanilla y, estirando las piernas, cruzó un pie sobre el otro.

—¿De verdad que Devany rompió el vestido con los dientes y se ató a un árbol durante el tornado?

—«Ver para creer, dicen, y si lo vieran, igual no lo creerían».

—¿Quién lo dijo?

—Mi ex novio lo decía. Tengo la impresión que lo sacó de uno de esos curas del tiempo de ñaupa.

Levantó un pie. Se desabrochó el borceguí y estiró la media, como si la hubiera estando molestando. Era roja como la polera. Volvió a calzarse. Hizo el nudo con una sola mano.

—Nunca había visto atarse los cordones con una mano.

—Es que no conociste a ningún manco.

—¿Te enseñó un manco?

—No, mi mamá. Biddie y Devany, desde chicas, apostaban cuál de ellas terminaba primero en hacer nudos con una mano.

Siempre ganó Devany. Era dos años mayor y eso le daba ventaja. Pero, de grandes, siguió siendo lo mismo. ¿Por dónde andamos?

—Biddie se enteró que el negocio es de Russell.

Soltó una carcajada.

—Te pregunto qué ciudad pasamos.

—No tengo idea.

Me pidió que preguntara.

—Zárate —dijo la señora del asiento separado del mío por el pasillo.

—Pasamos Zárate —repetí.

—Sí, escuché. Sorda no soy.

Se dio vuelta, dándome la espalda, y, girando la cabeza, dijo:

—Tengo tiempo para dormirme un ratito. ¿Me despertás cuando estemos por llegar?

—Ni se te ocurra dormirte.

—Un estudio de Oxford dice que a mi edad hay que dormir quince horas diarias.

—Es una estupidez, ¿cómo se va a dormir quince horas y estar nueve despierto?

—La ciencia no se discute. A Galileo le discutieron que la Tierra no era redonda.

—Se movía alrededor del Sol —pretendí corregir.

—Sí, también, se movía.

Era muy difícil saber si hablaba en broma o en serio.

—¿Cuántos años tenés? —pregunté.

—Cierro los ojos un ratito. Cualquier cosa, chiflá.

—No llegaste ni a contarme cómo tu abuela le enseñó a tu mamá a contar historias. Si sos una buena contadora de historias, no vas a dejarla inconclusa.

Volvió a girar la cabeza. Abrió un ojo, mirándome.

—Parece que no se puede dormir en este tren —murmuró, realmente, parecía decirlo en serio.

No tenía dudas que ella podría ser una muy buena actriz, si lo quisiera. Sin embargo, el modo en que hablaba, cómo se movía, lo que contaba, parecía natural, espontáneo. Pero no era solo eso. Había algo más. Algo que emanaba de ella y que no todos tienen. Apenas, unos pocos. Una especie de don.

Se acomodó en el asiento. Dejó su mano izquierda quieta sobre la rodilla y su mano derecha comenzó a moverse en el aire.

Reiniciaba la historia.

Biddie – 32

Esa noche no pudieron seguir hablando, Ian y los chicos las interrumpieron. Al otro día, Biddie dijo:

—Pasé la noche pensando. Es muy complicado resolver este asunto.

—¿Qué asunto hay para resolver? Un par de pobres viejos, que perdieron un hijo y quedaron destrozados, te quieren como si fueras una hija. ¿Eso es complicado? En la vida, te quieren o no. Listo. Ellos te quieren y quieren a tus hijos. La pelota pega en la pared y yo la recibo. Pero debés haber hecho algo grandioso por Eleanor Russell como para que te aprecien tanto.

Biddie se quedó pensativa.

—¿Y qué debo hacer que sea correcto? —preguntó.

—Estar agradecida, como lo estoy yo. ¿O le vas a reprochar a Joseph Russell que sea tan loco como para comprar el negocio de McKenzie nada más que para que tu familia tenga una buena entrada de dinero?

—Medio loco tiene que estar para hace algo como eso.

—¿Y? Vos naciste loca y nadie dice nada.

—Como que fuera yo la que se subió al molino de los Joyce y colgó los calzones de la señora Erin Joyce. Como que fuera yo la que los sacó de la soga donde estaban colgados secándose.

—Si vos no fuiste, no sé quién pudo atreverse a hacer algo tan vergonzoso.

Biddie y Devany se pusieron a reír.

Mi abuela se puso seria.

—Nunca le oculté alguna cosa a Ian —dijo.

—No le ocultás nada. Solamente, cerrás la boca durante un largo tiempo. Hasta que se lo digas, como si fuera algo que se te pasó por alto.

—¿Eso está bien?

Devany se encorvó de hombros.

—No sé. Pero sí estoy segura que es lo mejor para el orgullo de Ian Connelly.

Ian

Tenía razón mi abuelo en decir que nunca tuvo una familia hasta formar una con Biddie O´Hara. Su padre, Gael Connelly, se unió al IRA y lo mataron los ingleses después de un atentado en Londres. No le quedó ningún recuerdo de él y ni siquiera una fotografía. Su madre lo tuvo en el parto y lo dejó en manos de Gael. De ella, nadie supo nada más.

Ian se crió con su tía Caitriona, que solamente tenía ojos para su propio hijo y a él lo trataba con desprecio. Apenas terminó la escuela primaria, Ian se escapó. Nadie supo cómo se dio maña para viajar desde el condado de Clare a Headford, en el condado de Galway. Se ofreció para hacer toda clase de trabajos y decía que su madre vivía en el campo pero se había roto una pierna y no podía trabajar.

El señor Flannegan le pagó unas monedas por algunas tareas que le hizo hacer. Finalmente, se enteró que Ian era un huérfano pero no estaba dispuesto a dejar que se lo llevaran a uno de esos inmundos asilos. Lo dejó dormir en la parte trasera del negocio,

le dió comida y unas monedas. Nunca lo quiso y apenas le tenía simpatía pero jamás lo trató de mala forma. Era un viejo solterón y nunca se encariñó realmente con nadie, excepto con un perro al que cuidaba como un hijo pero al que tuvo que sacrificar cuando envejeció. Desde entonces, siempre se lo veía solo y su única preocupación era su negocio.

A medida que Ian crecía, el señor Flannegan se dio cuenta que era un muchacho despierto y que podía usarlo en la atención a los clientes. Le dio un poco de ropa adecuada, le enseñó algunas cosas y, a los treces años, Ian Connelly se convirtió en vendedor.

Con el tiempo, viendo al señor Holmes, el contador, haciendo su trabajo, poco a poco, aprendió de contaduría. Por supuesto, el señor Holmes no se negó a enseñarle. Incluso, le prestó algunos libros y le dijo que se esforzara si quería llegar a tener un lugar propio en este mundo.

Lo que mi abuelo Ian ignoraba, y no podía ser de otra forma, era que tendría que conocer a una chica llamada Biddie, cruzar el océano con ella, y vivir en un país lejano para poder tener su lugar en este mundo.

Biddie – 33

Mientras pensaba en el asunto del señor Russell, al otro día de enterarse de lo que Devany le contó, mi abuela fue a la casa de los Farell, en Belvidere. Llevaba semanas contándole historias a Martha Farell, que había enviudado y pasaba la mayor parte del día sin saber muy bien qué hacer.

Los últimos cinco años tenía su tiempo ocupado con la enfermedad de Paul Farell. Su muerte la dejó con una cantidad de horas libres y esto resultó ser un problema para ella: tenía pensamientos que consideraba indebidos. Nunca había querido a su

esposo pero siempre fue leal a él, y supo hacer lo que se debe estando a su lado cuando la precisó.

Martha Farell, desde que era una adolescente, estuvo enamorada de Frank Hawks pero él se casó con otra. El asunto era que Frank, como ella, había quedado viudo. Casualmente, esa tarde, Biddie le contó la historia de la señora Fionnualla Murphy, viuda de Martin Gable, que, a los cincuenta y seis años, se puso su mejor vestido, se peinó y se perfumó, y fue directamente a la casa del viudo Liam Ryan.

Cuando él apareció, sin saludarlo siquiera, le dijo:

—Me enamoré de vos a los diecisiete años. Todavía lo estoy. Quería que lo supieras.

Dio media vuelta y volvió a su casa dando los pasos más largos y veloces de su vida. Al llegar, sintió tanta vergüenza que se acostó sobre el sofá y se tapó la cabeza con un almohadón.

Cuando llamaron a la puerta ni se movió. Se imaginó que era su hermano, que la visitaba todos los días. No pensaba recibirlo. Sin duda que era su hermano. Era un bruto el que no dejaba de golpear a la puerta. Hasta que, al fin, los golpes cesaron.

Creyó que habían dejado de molestarla. Pero, de repente, escuchó que golpeaban la ventana. Levantó la cabeza y vio a Liam Ryan. Volvió a taparse la cabeza con el almohadón.

Lyan gritó:

—Fionnualla Murphy, abrí esta ventana o rompo el vidrio.

Ella la abrió.

Biddie – 34

Virginia, mi mamá, tenía siete años cuando empezó la guerra en Europa. A esa edad, era bastante popular y tenía varias amigas muy cercanas con las que jugaba a diario. En especial con Marsha Granger, Stella Bankhead y Elaine Allison, de las que nadie podía

imaginar que, con los años, serían la esposa de un senador, una campeona olímpica de natación y una actriz famosa. Y, mucho menos, que Marsha, la esposa del senador, se convertiría en una alcohólica y sería muy desdichada con las infidelidades de su corrupto marido.

Tampoco ninguna gitana le hubiera leído la mano a Elaine y hubiera adivinado que llegaría a la fama y que caería a pique en menos de tres años para terminar en un rancho de Arizona, casada con un hombre quince años mayor que le daba repulsión a la hora de la intimidad.

Por suerte, Stella tuvo una buena vida, un hombre que la quiso y unos hijos universitarios y buenos deportistas. Se lo merecía. Toda su infancia se la pasó oyendo que era demasiado alta, delgada, y que le faltaban pechos. Los mismos varones que no se le arrimaban en los bailes porque era desgarbada y les llevaba una cabeza de alto fueron los que se daban codazos entre ellos para conseguir un espacio y sacarse una foto con Stella cuando ganó el torneo nacional en tres estilos diferentes y batiendo récords.

Esa tarde, las cuatro estaban en el patio de la casa. Biddie fue a buscarlas para servirles la merienda. Siempre había pastel de manzana o chocolate que Devany o ella preparaban. Cuando iba a llamarlas, se detuvo y escuchó. Muy lentamente, dio un par de pasos, y volvió a detenerse. Comenzó a sonreír.

Las chicas estaban sentadas en el piso. Todas estaban en silencio. Excepto Virginia.

Ella les contaba de Irlanda, del viento y los acantilados; de las praderas, del lago Corrib y la vieja abadía de Cong; de los árboles mágicos, de los duendes y de las hadas de Galway.

De esta manera, mi abuela Biddie se enteró que, también, su hija Virginia había nacido para contar historias.

Virginia

Ocho años después de esa tarde, cuando la guerra ya había terminado y los soldados estaban de vuelta en sus casas o durmiendo en los cementerios, Biddie le pidió a Virginia que fuera a casa de Donna Curtis.

—Yo no puedo hacer eso —dijo Virginia—. Jamás podría. Te lo aseguro.

—Ella te espera. Sabe que tengo demasiado trabajo en estos días y que sos una muy buena lectora —dijo Biddie.

—¡Ah! Solamente tengo que leer libros.

—Claro. ¿Qué creíste?

—Nada. Si es así. Voy. ¿Seguro que me espera?

Virginia conocía a la familia Curtis pero apenas había visto tres o cuatro veces, de lejos, a la señora Donna. Era una mujer sesentona, de cabellos blancos tomados en un rodete, que siempre usaba un largo vestido negro.

Antes de salir, Biddie le deseó suerte y, acercándose a su oído le dijo:

—Por si se te ocurriera... Esto es lo que tenés que saber...

La señora Curtis estaba sentada en una mecedora y parecía salida de un retrato del siglo anterior.

—Veo que sos una chica bastante joven. Seguramente, como todas las de tu edad, que solamente piensan en noviecitos y tonterías. ¿Cuántos años tenés?

—Quince, señora Curtis.

—Lo que digo... Da lo mismo, supongo que vas a durar poco en este trabajo. Hoy, elegí el libro que quieras. Así conozco tu gusto. O tu mal gusto —dijo la señora Donna. Su voz era aguda y sonaba bastante hosca.

Virginia miró los estantes de la biblioteca. Estaba muy nerviosa y sus manos le temblaban.

—¿Qué pasa? ¿Sos corta de vista, muchacha? ¿O tengo que decirte qué libro tomar? ¿Sabés algo de libros o te dedicás a leer lo que te dan? Ya veo, mucho te habrá enseñado tu madre y poco habrás aprendido.

Tomó un libro.

—¡Menos mal! Creí que iba a anochecer esperando.

Virginia se sentó frente a ella. Abrió el libro. Cuando iba a comenzar la lectura, alzó la vista hacia la señora Donna. Cerró el libro. Se puso de pie.

Caminó hasta la ventana y miró hacia afuera.

Los árboles de la vereda estaban quietos, no había viento y la tarde era calurosa.

La señora Donna quedó tan sorprendido que se quedó sin palabras. Es posible que pensara que Virginia era una loca. Como fuera, le siguió los movimientos en silencio y, quizás, estuviera a punto de decir alguna cosa cuando, sin darse vuelta y siempre mirando por la ventana, Virginia dijo:

—La señora Kiera McDouglas amó tanto a su esposo Seamus McDouglas, que, cuando él murió a los cuarenta años, en un accidente de caza, en las cercanías de Kilmaire, en el condado de Mayo, en Irlanda, nunca lo perdonó por dejarla sola. Fue tanto su enojo que se negó a verlo muerto y se fue a casa de su padre, Eammon Woodward, y no regresó hasta que terminó el funeral. Desde entonces, nunca volvió a ser la que era, y ni siquiera iba al cementerio a visitar a Seamus McDouglas, al que tanto había amado.

Virginia se calló. Miró las sombras de los árboles cayendo sobre la vereda, cubriéndola del sol. Dijo:

—Con los años, sus hijos no soportaron su carácter y dos de ellos se fueron a vivir al condado de Derry, y su hija mujer, apenas casada, se mudó a Castlebar. Nunca los visitaba y tampoco ellos iban a la casa familiar. Tuvo tres nietos de los que se enteró

por alguna que otra carta que recibía pero a los que no quiso conocer. Pasaba el tiempo sentada frente a la ventana, tejiendo pulóveres y bufandas, y cuidando del campo junto a su empleado, el joven Hugh Fitzwilliams que se encargaba de las ovejas. Una mañana se le ocurrió mezclar la lana para tejer una bufanda en colores blanco y negro. Dio las primeras puntadas armando el tejido y dejó quietas las agujas.

Virginia volvió a detenerse. Miraba, entre las copas de los árboles, unas nubes muy blancas que se deslizaban lentamente sobre un clarísimo cielo celeste. Luego de unos segundos, respirando con serenidad, continuó:

—Kiera McDouglas, repentinamente, había recordado que, muchos años atrás, cuando sus hijos ni habían nacido, tejió una bufanda de dos colores para su esposo Seamus McDouglas. Con toda claridad, volvió a ver la cara que puso Seamus y, de nuevo, escuchó su voz diciendo: «¿Esto querés que me ponga?». Al mismo tiempo, con la agujas quietas en sus manos, y después de tantos años, se dio cuenta que nunca había derramado una sola lágrima por él. De pronto, como si se hubiera quedado sin fuerzas haciendo una larga travesía por las colinas y la pradera, soltó las agujas y el tejido, que cayeron al suelo. Se bamboleo hacia adelante y atrás y, repentinamente, como si todo el dolor del mundo se hubiera juntado en su vientre y el enojo ya no pudiera seguir oprimiéndolo, como una bolsa de papel inflada a la que se golpea con fuerza haciéndola estallar, de sus entrañas salió un quejido y al quejido le siguió un grito. Kiera McDouglas gritó y su grito fue tan desesperado que, a lo lejos, Hugh Fitzwilliams pudo escucharlo y corrió a la casa. Abrió la puerta y vio a la señora Kiera McDouglas, sentada en su silla, con la cabeza inclinada sobre su falda, sus manos cubriendo su cara. Lloraba desconsoladamente.

Virginia se quedó callada.

Podía oler la madera encerada del piso y sentir el pesado silencio a su alrededor.

En alguno de los árboles de la calle, un pájaro cantó.

Escuchó como un susurro a sus espaldas.

La señora Donna Curtis había dicho:

—Vení, hija. Sentate acá.

Así fue cómo, en esa calurosa tarde del verano en Rockford, mi mamá se convirtió en contadora de historias.

Biddie – 35

Unos años antes de que esto ocurriera, en 1941, los japoneses bombardearon Pearl Harbor y Estados Unidos entró en la guerra. Todos estaban conmocionados pero, en el comienzo del año siguiente, pasó algo inesperado. Al menos, Biddie nunca lo hubiera podido imaginar.

—Me alisté —le dijo Ian.

Biddie se quedó inmóvil como una piedra. Demoró en reaccionar. Le dio un golpecito en el pecho y le dijo:

—Bien.

—Tenemos dos hijos nacidos en este país. Mirá lo que tenemos. No puedo quedarme indiferente. Me daría vergüenza mirar a la cara a los que van a luchar por gente como nosotros.

—Bien —repitió Biddie.

—¿Es todo lo que vas a decir?

—Sí.

Cuando Biddie le contó a Devany, tuvo que sujetarla de la cintura porque quería ir a buscar a Ian y romperle la cara a trompadas. Las dos se cayeron al suelo y Biddie tuvo que forcejear mucho para contenerla. Lo que es una manera de decir porque Devany siempre fue la más fuerte y la puso de espaldas, dejándola con los brazos en cruz sobre el suelo.

—¡Estás loca! ¿Cómo lo dejaste?

—Ya lo había hecho cuando lo supe.

—¡Estúpida! ¡Vas a terminar viuda como yo!

Biddie comenzó a llorar.

Devany la ayudó a levantarse. La abrazó y le dijo:

—Es un irlandés duro, no creo que le pase nada. Además, es probable que ni lo trasladen al frente.

Biddie no dejaba de llorar.

—Tiene razón Ian —dijo Devany—. No sería hombre si no se alistara. Tenés que estar orgullosa de él. Yo lo estoy.

Se acomodó el vestido y, mientras buscaba una horquilla del pelo que se le había caído en el forcejeo, Devany dijo:

—Espero que lo entierren con honores.

Salió corriendo. Biddie le tiró una patada en el trasero pero no la alcanzó.

Devany – 5

Durante la guerra, Biddie y Devany ayudaron en todo lo que estaba a su alcance para recaudar fondos en festivales y ferias. En muchos de los lugares a los que iban encontraban actores y actrices famosos y no dejaban de decir: «Mirá quién está ahí».

A las dos las fascinaba el cine, a las dos les gustaban Clark Gable y lloraron a moco tendido cuando se estrelló el avión que llevaba a Carole Lombard, su actriz preferida.

Como todo lo malo de este mundo, que parece ser eterno mientras ocurre pero no lo es, un día, la guerra acabó.

Ian nunca fue al frente y se limitó a cumplir con tareas administrativas para las que lo asignaron. Esto le desagradó. Se sintió inútil. Quería ir al frente y pelear. Pero un viejo soldado de la primera guerra le dijo: «Todos los hombres son necesarios en todos los puestos».

Ian lo entendió. Ese soldado sabía de lo que hablaba. Había perdido una pierna en la batalla del Marne.

Lo que Ian nunca supo fue lo que pasó al día siguiente de que Devany se enterara de su alistamiento.

—Necesito hablar con usted, señor Russell —dijo Devany.

Joseph Russell la hizo sentar.

Por la cara de Devany comprendió que se trataba de algo realmente serio.

—Tengo que pedirle un inmenso favor, señor Russell.

Dervany – 6

En la mañana del otro día en que terminó la guerra, mientras Biddie barría la cocina, Devany dijo:

—Recién ahora, me acordé de algo que tenía que contarte.

—Nada importante será, si es que lo olvidaste.

—Fue hace unos tres años y pico.

—Uf, medio tarde para que sea una noticia, ¿no?

—Le rogué al señor Russell que hiciera todo lo que estuviera a su alcance para que Ian no fuera asignado al frente.

Biddie le tiró un escobazo. Devany estaba preparada y lo esquivó. Puso una silla entre las dos.

—¡Basta, Biddie, o te voy a dar una paliza! —dijo.

—¡Estúpida! ¿Por qué no me lo dijiste entonces?

—¿Me lo hubieras dicho?

—No.

Devany tomó un trozo de pastel y comenzó a comerlo.

Biddie agachó la cabeza, y, con la voz estrangulada, susurró:

—Gracias. Muchas gracias.

Con el pastel en la boca, Devany dijo:

—¡Ey! ¡No te vas a poner a llorar ahora.

Virginia – 1

En 1947, el mismo año en que Virginia se hizo contadora de historias, y Brandon y Donovan estudiaban en la universidad de Michigan, llegó a Rockford una compañía de teatro itinerante.

Biddie y Devany nunca dejaban de ir al cine o ver todos los espectáculos que se presentaban en la ciudad, y fueron de las primeras en sacar entradas cuando se presentó Judy Garland en el Coronado.

Esa noche, se trataba de un music hall que resultó muy entretenido. Pero lo importante no fue lo que vieron sino lo que ocurrió en las butacas.

A Virginia, como a Biddie y Devany, todo lo que tuviera que ver con el mundo del espectáculo la atrapaba sin que pudiera sacar los ojos de lo que veía. No le pasó eso en esta ocasión.

A su lado se sentó un muchacho que parecía tener un par de años más que ella, diecisiete o dieciocho. Era delgado, alto, de pelo oscuro. Comía pastillas de anís. Una tras otra. Terminó un paquete y abrió otro. Virginia lo miraba de reojo. Le pasaba algo raro con él. No estaba segura qué era. Pero se sentía inquieta.

Como si él hubiera demorado todo ese rato en decidirse, de repente, le dijo: «¿Querés?» y le ofreció pastillas.

Ella movió la mano diciendo que no.

Se arrepintió enseguida.

Al final de la función, él iba por delante en el pasillo. Lo perdió de vista entre la gente.

Biddie y Devany no paraban de hablar sobre lo que habían visto. Virginia caminaba un poco retrasada y no dejaba de pensar que era una estúpida.

Sin que esperara que algo así pudiera suceder, salido como de la nada, el muchacho estaba a su lado. Él ni abrió la boca para decir una palabra, solo le mostró el paquete de pastillas y

le ofreció una. Ella la tomó. Ni siquiera le dijo gracias. Él dio media vuelta y volvió a entrar al teatro.

Virginia creyó que su pecho estallaría como el zapallo que le tiró a Brendan, pasó de largo, y chocó contra la pared.

Biddie y Devany caminaban adelante, como si nada hubiera ocurrido y a ella no le estuviera pasando lo que le pasaba.

Pero Biddie dio vuelta la cabeza y dijo:

—Vamos, Virginia, apurate. Y no te comas la pastilla. Guardala.

Virginia – 2

Menos de una semana después de la noche en el teatro, Virginia regresaba de la escuela secundaria y entró corriendo a la casa. Llovía a torrentes.

Como siempre, gritó:

—¡Soy yo! —subió de a dos los escalones para ir a su cuarto.

Se había mojado bastante. Fue al baño a buscar una toalla para secarse. Demoró un poco en cambiarse de ropa y bajó a toda velocidad, como era su costumbre.

En la cocina, fue directo a la heladera a buscar jugo de naranja. Biddie nunca le preguntaba si había comido bien o cómo le había ido en clases. Sabía que ese tipo de preguntas son molestas para las chicas de su edad. Pero, de alguna forma, siempre sabía lo que Virginia hacía.

Biddie estaba a punto de salir. Tenía puestas botas de agua y, mientras guardaba los zapatos en una bolsa para ponérselos al llegar, dijo:

—Encargate de la comida. Devany se va a demorar y no creo que me desocupe temprano.

Salió de la cocina y regresó con la capa, las botas de goma y el paraguas de Virginia.

Dejó las botas en el piso, y la capa y el paraguas en una silla.

Virginia, parada junto a la mesa, hojeaba una revista tomando el jugo. Alzó la cabeza y no entendió lo que había hecho Biddie.

—¿Qué? —preguntó Virginia.

—Si fuera vos, me pondría todo esto y saldría antes que ese chico de las pastillas se agarre el resfrío de su vida.

Virginia corrió a la ventana.

En la vereda de enfrente, empapado de la cabeza a los pies, estaba el chico que amaría el resto de su vida.

Virginia – 3

Brendan, Donovan y Kean juraron que trompearían al novio de Virginia si le hacía algún daño. Ian ofreció un poco de resistencia pero no pudo hacer mucho. Devany le recordó lo que había hecho con su hermana en Irlanda.

Louis Fontaine era hijo de padre francés y madre argentina. Él había nacido en Buenos Aires. Su abuelo Henri Fontaine trabajaba en la embajada francesa y Maurice, su hijo, conoció en un baile a Elisa Galvé. Se enamoraron y, después de un noviazgo de pocos meses, se casaron.

Henri se opuso, no porque le cayera mal Elisa sino porque pretendía que Maurice terminara la universidad antes de tomar compromisos serios. Por supuesto que no sirvió de nada lo que trató de hacer para impedir el matrimonio.

Maurice abandonó la facultad para dedicarse a lo que de verdad le gustaba y no solo se casó sino que, después de la luna de miel, Elisa quedó embarazada. El hijo fue Louis y, cuando él tenía cuatro años, comenzaron a viajar de un sitio al otro.

Recorrieron gran parte de los países europeos y todos los latinoamericanos. Finalmente, después de una estadía de varios meses en Cuba, llegaron a Estados Unidos y se radicaron en Nueva York.

Para entonces, Louis que, con el tiempo, sería mi papá, había cumplido diez años.

Maurice y Elisa se habían dedicado a lo que era su vocación: el teatro y, especialmente, el music hall. Él dirigía los espectáculos, componía canciones y tocaba el piano. Ella era una muy buena bailarina y una aceptable cantante.

Louis y un par de chicos de la compañía solían sentarse entre el público para servir como claque. La casualidad, mejor dicho, el destino, hizo que una noche se sentara en la butaca junto a la de Virginia.

Louis tenía diecinueve años y se dedicaba a la fotografía y a la pintura. Supo ingeniarse para ganar un poco de dinero en Rockford y poder quedarse en un pequeño departamento. Claro, al principio, sus padres le enviaban unos dólares mientras continuaban con su gira por los estados del norte. Eran demasiado bohemios e idealistas como para negarse a que su hijo se quedara por una chica que acababa de conocer. Así que, al otro día de dar la función, se fueron a la próxima ciudad y dejaron a Louis en el hotel con el cuarto pagado por quince días.

Un año después, Virginia anunció que se casaba. Todos le decían que tenía que estar loca de querer casarse a los dieciséis y con un chico que nadie sabía de dónde había venido. Ella no hizo el menor caso.

Lo único que le importó fue que su hermano Brendan y sus primos Donovan y Kean la envolvieran en una frazada y la tiraran hacia arriba y la atajaran tres veces seguidas, festejando su próxima boda.

Biddie – 36

A los dos meses del casamiento de Virginia, una mañana de sábado, el cartero dejó en el buzón una carta para Biddie.

Un tal señor Burgess le pedía a mi abuela que se presentara el día lunes por la mañana en el estudio del señor Rodgers. Tenía algo importante que comunicarle.

—No tengo idea de qué se trata ni para me pide que vaya a ver al notario.

—Puedo acompañarte —dijo Ian.

—Lo mismo me dijo Devany. No hace falta. No le debemos a nadie ni nadie nos debe. Puede que se trate de ese choque que vi hace quince días. La verdad es que el auto de la señora Bacall quedó muy abollado. Pero la culpa fue de ella.

Biddie se puso seria.

—Imagino que no pretenderán que testifique contra Jim Walker. Él conducía tranquilo su camión y fue la señora Bacall la que se cruzó de manera inconveniente. Toda la ciudad sabe que no puede conducir en línea recta cien metros. De verdad, espero que no tengan la mala idea de querer culparlo nada más que por ser negro.

Biddie – 37

—Te están esperando, Biddie —le dijo Maggie Williams.

—¿Sabés qué quieren conmigo?

—No tengo la menor idea. Es la primera vez que veo al abogado Burgess.

—¿Tendrá algo que ver con la señora Bacall y Jim Walker.

—No lo creo. ¿Un abogado de Nueva York por una tontería como esa? Cuando tu sobrino Donovan termine la escuela de leyes ya no tendrás que preocuparte. Él se encargará de todos estos asuntos.

Maggie golpeó a la puerta.

—Acaba de llegar la señora Connally —anunció.

Biddie entró al despacho.

—¿Cómo está Biddie? —dijo el notario Rodgers—. Le presento al abogado Gary Burgess, pertenece a un importante bufete de Nueva York.

Era un hombre muy alto, de cabellos engominados, con un traje muy costoso y una horrorosa corbata roja y azul.

Le extendió la mano, diciéndole:

—Señora Connelly, es un honor conocerla en persona.

Biddie trató de disimular su desconcierto.

Biddie – 38

—Debía encontrarme con usted, señora Connelly, porque soy el encargado de transmitirle noticias de la familia Jackson.

Biddie contuvo la respiración.

—El señor James Jackson falleció.

Resultó inesperado. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza que algo así podía ser el motivo por el que la habían citado.

Habían pasado unos cuantos años pero mi abuela nunca había dejado de pensar en Jimmy Jackson. Comenzó a llorar.

El abogado Burgess le dio un pañuelo. Ella lo agradeció pero usó el suyo.

—Ya sabe el estado en que se encontraba. Hace tres meses se enfermó de gravedad, pasó semanas con fiebre muy alta y el mes pasado dejó este mundo. La señora Jackson, quizás no lo sepa, también, murió cuatro años antes.

Biddie se sintió terriblemente acongojada.

—La señora Jackson Hollister, hermana de James, es la heredera de todos los bienes de la familia. Excepto una pequeña suma de dinero que el señor James Jackson dejó a su mayordomo, su mucama y su chofer.

Biddie escuchaba la mitad de lo que le decían. Estaba demasiado compungida.

—En el testamento, el señor Jackson dejó expresas instrucciones de que usted recibiera sus dos más valiosas posesiones. Así lo puso por escrito. Dijo que, al verlas, usted entendería.

Biddie lloraba silenciosamente.

El notario Rodgers dijo:

—Debo decirle, Biddie, que hay otra parte del testamento que la propia señora Jackson Hollister se encargó de ejecutar. Viajó desde Boston para concretarla. Ese punto está resuelto.

Biddie, definitivamente, no sabía de lo que estaban hablando y se los dijo:

—Perdonen, pero no sé de lo que hablan —dijo, soplándose la nariz.

—Señora Connelly es usted una persona muy especial y, realmente, muy querida. Le explicaré con toda claridad —dijo el abogado Burgess—. El señor Jackson le dejó a usted unos bienes móviles que llegarán hoy por la tarde a su casa.

El notario había llamado a Maggie, pidiéndole un vaso con agua. Al entrar, Maggie interrumpió al abogado Burgess.

—¿Estás bien? —le preguntó, dándole el vaso.

Biddie afirmó moviendo la cabeza.

—¿Seguro?

Biddie movió otra vez la cabeza afirmando. Tomó un poco de agua.

Maggie le puso una mano en el hombro y se retiró.

—¿Cree estar en condiciones de comprender, Biddie? ¿O prefiere que lo pospongamos por un par de horas? —preguntó el notario.

—Gracias, señor Rodgers. Los escucho.

El abogado Burgess continuó:

—Por pedido de su hermano, la señora Jackson Hollister compró la casa en la que usted vive. Como sabe, la casa pertenecía a Joseph Russell.

Biddie no se detuvo a pensar. Dijo:

—Está bien. En una semana podemos dejarla. Estamos muy agradecidos.

El notario Rodgers y el abogado Burgess cruzaron una mirada y no pudieron contener una sonrisa.

El abogado Burgess dijo:

—La señora Jackson Hollister quedó muy impresionada cuando compró la casa. Sabía mucho de usted pero no imaginó que, también aquí, en Rockford, había despertado tanto afecto. Lo supo cuando el señor Russell le hizo conocer la cantidad por la que vendería la casa. Y dejó muy en claro que no aceptaría ninguna otra oferta.

—No sé de lo que me habla, perdone usted —dijo Biddie.

—El señor Russell le vendió la casa a la señora Jackson Hollister en diez dólares —dijo el abogado.

—¿Diez mil dólares?

—Aún por esa cifra sería muy barata. No, Biddie, se la vendió por diez dólares —dijo el notario Rodgers.

El abogado Burgess dijo:

—No tiene que mudarse, señora Connelly. La casa es suya.

Biddie – 39

Biddie llegó al banco del señor Russell caminando tan rápido que muchos tendrían que haber corrido para alcanzarla.

—¿Qué pasó? —le preguntó Devany al verla.

—El desdichado Jimmy Jackson murió. La señora Jackson, hace cuatro años.

A Biddie se le seguían cayendo lágrimas.

Devany salió de atrás de su escritorio y la abrazó.

—Firmé papeles —dijo Biddie.

—¿Qué papeles?

—Estos. Me los dio el señor Rodgers. Dijo que todo estaba bien. Tengo que hablar con el señor Russell.

—Esperá.

Devany llamó a la puerta y la abrió.

—Biddie está aquí —dijo.

El señor Russell le hizo una seña con la mano para que Biddie pasara.

Devany entró con ella. No le soltaba el brazo.

—¿Qué le pasa, Biddie?

Mi abuela no sabía por dónde empezar.

Devany dijo:

—Un antiguo y muy querido conocido de Biddie murió. También su madre. Vino un abogado de Nueva York y el señor Rodgers le hizo firmar unos papeles a Biddie. Quiere consultarlo sobre eso.

—No —dijo Biddie—. El señor Russell ya sabe que el señor Jackson murió. Sabe lo de su madre y conoció a su hermana.

Devany se quedó callada. Se dio cuenta que no entendía nada de lo que estaba pasando.

Joseph Russell dejó su escritorio y fue a sentarse en los sillones. Las invitó a sentarse frente a él.

Devany se sentó junto a Biddie. Ninguna de las dos soltaba el brazo de la otra.

—El señor Jackson me dejó unos paquetes que me llegan a la tarde. Sé que de eso no sabe nada —dijo Biddie—. Pero usted vendió la casa a la hermana del señor Jackson.

Devany le acarició la cabeza a Biddie.

—Hizo bien, señor Jackson —dijo Devany—. Era su casa y podía darle el destino que quisiera. Le estamos más que agradecidas. En una semana la dejamos desocupada.

—¿Para qué hablás de astronomía si no sabés si la luna está en cuarto creciente o cuarto menguante? —dijo Biddie.

—Dijiste que el señor Russell vendió la casa.

—La vendió en diez dólares.

—¿Diez mil dólares?

—Diez dólares.

—¿Diez dólares?

—Devany, ¿por qué no dejás de meter la nariz? ¿No entendés lo que hizo el señor Russell?

—No veo que tenga nada de malo —dijo el señor Russell—. En realidad, no pensé que se enteraría del monto. Pero, como bien sabe Devany, hago muchos negocios. Hay impuestos, temas financieros, en fin, todo muy complicado de explicar. De modo que hicimos figurar esa cifra.

—Señor Russell, no me tome por estúpida. Ahora, sé cuál fue su intención desde el primer día que me dio la casa. Durante años, debe haber buscado la forma y, al fin, la encontró gracias a la señora Jackson Hollister. Le vendió la casa en diez dólares y consiguió la manera de regalarme la casa.

—¿Cómo que te regaló la casa?

—Devany, silencio —dijo Biddie—. Y yo, señor Russell, que ya no encuentro el modo de darle las gracias por todo lo que ha hecho por mi familia y por mí, no pienso aceptar su regalo.

—Claro que no —dijo Devany.

—Yo no le regalé nada, Biddie. Vendí una casa. La señora Jackson Hollister siguió las instrucciones de su hermano. Él dejó asentado en su testamento que la casa que usted ocupaba debía ser comprada.

Joseph Jackson era un habilidoso hombre de negocios y podía vender árboles a las ardillas.

—Por múltiples aspectos impositivos y financieros, no pude venderla a un precio más alto. No le hice ningún regalo. La casa se la dejó en herencia James Jackson.

Biddie y Devany se quedaron en silencio mirándolo.

—Si la rechaza, contraría la voluntad de un difunto. Y eso no estaría bien. ¿No les parece?

Biddie y Devany siguieron en silencio.

—Señora Connally, ¿va a respetar la última voluntad del señor Jackson o la va a rechazar haciendo que no pueda descansar en paz?

Biddie y Devany se apretaron con fuerza de los brazos. Ninguna de las dos sabía qué tenía que decir. El señor Russell sí que sabía ser convincente. No por nada era dueño de un banco.

Biddie – 40

Desde que se fue de Nueva York, Biddie, cada año, le escribió a la señora Jackson. Siempre recibía una respuesta breve y atenta, incluso, cariñosa. A Biddie no le molestaba la brevedad. Entendía que era una señora de clase alta.

No sabía que, pocos meses después que ella dejara de trabajar en la casa, la señora Jackson contrajo una enfermedad en la piel, sobre todo en la zona de sus manos y todo el tiempo usaba guantes. Sus cartas las dictaba. Excepto las que enviaba a Biddie, escritas de su puño y letra, dándole a ella el trato que no daba a otros.

A Biddie no se le ocurrió pensar que la señora Jackson había muerto y compartió la idea de Ian: «Trabajaste un tiempo en su casa. Eso es todo. Sigue con su vida, que es completamente ajena a la nuestra. Se portó muy bien con vos. No se le puede reprochar nada. Simplemente, nació muy rica y recibió la mejor educación. No es gente como nosotros».

Biddie estuvo de acuerdo.

De todas maneras, la señorita Forster era de su misma clase social y, desde que se había mudado a Nevada con su hermana, también, había dejado de contestar a sus cartas. Así eran estas

cosas de la vida: por un tiempo se estaba junto a alguien y, tarde o temprano, se tomaba distancia. Sabía que era una especie de ley de la existencia pero, igual, no podía evitar que le doliera cuando tomaba consciencia de haberse alejado para siempre de aquellos que había querido y que ellos ya no la tomaban en cuenta. Eso creyó durante años. Pero estaba equivocada.

Recién lo supo en el despacho del notario Rodgers y por otra carta, de varias carillas, que le envió Elizabeth Jackson Hollister. Nadie había borrado las huellas de sus pisadas sino que habían quedado como esas marcas que se hacen en los árboles escribiendo un nombre.

Biddie – 41

Ian había salido temprano del trabajo al enterarse que Biddie estaba muy dolorida por haberse enterado de la muerte de Jimmy Jackson y su madre.

Él se encargó de recibir una gran cantidad de cajas que dos hombres descargaron de un camión. Las cajas ocuparon todo el living y una parte del comedor. Hubo que correr muebles para que entraran.

Biddie y Devany que, también, había dejado de trabajar para acompañarla, estaban en el dormitorio. Biddie se había recostado. Devany bajó para ver lo que descargaban.

—¿Qué tienen las cajas? —preguntó.

—No sé. Le corresponde a Biddie abrirlas —dijo Ian.

—No sé qué será pero lo que sea necesita mucho espacio.

Devany estuvo a punto de abrir una pero se controló. Sabía que esto era algo muy personal entre su hermana y el señor Jimmy Jackson.

Devany fue a buscar a Biddie y, finalmente, ella fue a ver de qué se trataba.

Abrió una caja. Se llevó las dos manos a la cara, conteniendo una exclamación. Abrió otra y una tercera.

—¡Dios mío! —dijo.

Jimmy Jackson le había dejado en herencia toda su biblioteca, dieciséis mil setecientos ochenta y tres libros.

Biddie – 42

Después que llegaron los libros, el señor Dickinson quiso ver a Biddie. En su carpintería, estaban los estantes que tenía el encargo de acomodar en el cuarto que eligieran como biblioteca. Tomó las medidas y dijo que en una semana los pondría.

Devany preparaba la comida. Ian y Kean jugaban a las damas.

Biddie abría, una por una, las cajas y apilaba los libros en el suelo como si estuviera apoyando platos de porcelana que pudieran romperse.

Estaba muy cansada. Biddie no era de cansarse físicamente pero había recibido un duro golpe, como una de esas patadas de un caballo díscolo, y su cuerpo estaba flojo porque su alma estaba triste y le costaba sostenerlo.

Se sentía como si precisara dormir muchas horas para reponerse y volver a tener el ánimo suficiente para comenzar a recordar a Jimmy Jackson con alegría.

Decidió interrumpir lo que estaba haciendo. Se sentaría a la mesa, comería sin mucha voluntad pero no le arruinaría la cena a nadie. Después, se sacaría toda la ropa, se pondría un camisón cualquiera, el primero que sacara del cajón, se tiraría en la cama, se quedaría quieta, sin mover un músculo, y dormiría como si estuvieran rotas las manecillas del reloj.

Casi en el fondo de la sala, sobre otras cajas, había una más pequeña, rectangular, de unos cuarenta centímetros de alto y setenta de ancho. Ya la había visto y se había olvidado de ella.

Cuando estaba yendo hacia la cocina, volvió a verla. Siempre fue curiosa y la caja, esta vez, le llamó la atención.

Pasando por encima de montones de cajas, llegó hasta esa. No era pesada, en comparación al resto.

Cortó el hilo, quitó el papel de embalaje.

La abrió.

El abogado Burgess le dijo que Jimmy Jackson, aparte de una casa, le había dejado las dos cosas más importantes para él y que ella entendería.

Biddie entendió al ver los libros pero no se acordó que faltaba otra.

La otra cosa más valiosa de este mundo para Jimmy Jackson estaba dentro de esa caja.

Biddie – 43

En la caja, había centenares de papeles separados en grupos atados cada uno de ellos con una cinta de color azul.

Biddie desanudó una de las cintas y comenzó a leer.

A medida que leía, sentada en el suelo, casi no podía ver las letras. Las lágrimas nublaban sus ojos.

Alguna persona había escrito a máquina lo que Jimmy le dictaba día tras día. Eran cientos de historias.

En todas, el protagonista vivía un maravilloso romance con una chica a la que conocía en un puente de Venecia o en una callejuela de Singapur; en un cruce de trineos tirados por perros en las nieves de Alaska o en una isla de la Polinesia; la conocía en las ciudades más lejanas y exóticas, y hasta en un pequeño pueblo llamado Cong, en el condado de Mayo, en Irlanda.

En todas las historias, el protagonista se llamaba Francis Shakleton y la chica Biddie O´Hara.

Sonreía señalando con el índice hacia arriba.

No entendía lo que pretendía decirme.

Me encontraba completamente abstraído de todo lo que me rodeaba en el vagón. Excepto de Azul y su relato.

Ya no tenía la menor duda que esa chica que había viajado a mi lado tenía algo distinto a todos. Todavía algo más que el don de contar historias y transportar al oyente al sitio del universo que ella quisiera.

Durante todo su relato, dejé de estar en el vagón de un tren y pasé a un mundo ubicado a miles de kilómetros y en otro tiempo.

Azul me había llevado al mundo de Biddie.

En ese mundo, una chica irlandesa de quince años le había enseñado a un pobre hombre con el cuerpo deshecho cómo vivir las vidas que nunca podría tener.

Y había despertado en él la inmensa belleza de un amor que pudo vivir, día tras día, creándolo con su imaginación. Como la chica se lo enseñó.

Por la ventanilla, se veían las luces de la ciudad y la lluvia cayendo constante.

—Es una hermosa historia —es lo único que se me ocurrió decir.

Azul siguió con su dedo señalando hacia arriba.

—Estamos llegando. Vos que tenés fuerza, podrías bajarla.

Era imposible negarle alguna cosa.

El tren disminuyó la marcha. Entrábamos a Retiro.

—Vos que sos tan caballero, seguro que vas a querer llevar la valija hasta la parada de taxis.

Me miró con sus profundos ojos azules.

—¿Te llamás Azul por el color de tus ojos?

Descolgó su gabán de la percha. Se lo puso. Se acomodó el cabello. Respiró hondo. Dijo:

—En cada una de las historias, Biddie O´Hara siempre vestía de-azul, el color del vestido que usó cuando Jimmy Jackson la vio por primera vez, aquella tarde, en su dormitorio en penumbras, en una enorme casa de la Quinta Avenida, en Nueva York. Por esa razón me llamó Azul.

La valija

Cargar la valija por el andén y llevarla ¿doscientos metros o más? hasta la parada de taxis iba a ser bastante duro.

—Si no tenés fuerza para llevarla, no te preocupés, busco un hombre que me ayude —dijo Azul, con aparente seriedad pero supuse que con ironía.

Era una buena oportunidad para no quedarme con dudas.

—La llevo a cambio de respuestas como propina.

Me miró con la cara alegre. Sin duda que ese tipo de cosas le gustaban.

—¿Cuánto tiempo anduviste de novia?

—Nunca tuve novio. Cuando tenga uno será el hombre que esté conmigo el resto de mi vida. Porque amar se ama desde el comienzo al final. No por trechos. Por dos años, amo a este; por cinco, a aquel. ¿Quién puede llamar amor a algo así?

—Todo lo que dijiste que había dicho tu novio...

—Me dijeron que las chicas que hablan de un ex novio parecen de más edad y resultan más interesantes.

—¿Cuántos años tenés?

—Dieciséis hasta enero del año que viene.

¿Cómo podía tener dieciséis? Claro que tenía una linda cara de chica muy jovencita pero la manera en que hablaba, cómo dominaba las situaciones, la ironía, el humor, todo eso se co-

rrespondía a una mujer que la triplicara en edad. Pareció leer mi mente.

—En mi familia, parecemos niñas pero somos mujeres. Todas medimos un metro setenta y nunca engordamos. Los hombres son un poco más altos pero engordan.

—Entonces, estás en el secundario.

—En cuarto del Normal.

La valija pesaba cada vez más.

—No sé si querés hablar de eso pero, ¿cuándo murieron tus padres?

—¿De dónde sacaste que mis padres murieron?

Me sorprendió.

—Lo dijiste en el tren.

—Dije: «En este momento, mis padres están en el cielo». Están viajando en avión desde París a Buenos Aires. Llegan a Ezeiza por la mañana. No los voy a esperar porque en mi familia nunca nos despedimos ni nos damos la bienvenida. Así es como si siempre estamos. Nunca nos vamos, ni nunca llegamos.

Eso era coherente con todo lo que había contado. Pero, sobre los padres, me hizo trampas en el tren.

Dejé la valija en el piso. Cambie de mano. Había puesto un pañuelo en la manija pero, igual, mi mano estaba enrojecida. Ya era una cuestión de orgullo. Aunque dijera que no siguiera cargándola, no pensaba dejar esa valija antes de la parada de taxis.

Azul parecía estar muy divertida viéndome cargarla.

—¿Por qué hablás como argentina?

—Porque soy argentina.

—¿Cómo llegaron acá? Me gustaría saber qué pasó con tu familia. Con Biddie y Devany.

—A lo mejor, nos encontramos en otro tren. Pero, aunque viajemos desde Buenos Aires a Tucumán, faltaría tiempo para contarte todo.

Estábamos cerca de la parada de taxis. Azul seguía muy divertida viendo mi esfuerzo. Era una chica que sabia sacar provecho a cualquier circunstancia para disfrutar.

Vi la fila de taxis y la larga cola esperando turno para tomar uno. Faltaban menos de veinte metros. Era el último tirón. La valija ya pesaba cien kilos. Pensé: «Si una chica aguantó un tornado, ¿cómo no voy a aguantar llevar esta valija?».

Llegamos a la parada. Nos pusimos en la cola.

Soltando el aliento, dejé la valija en el suelo.

Azul se acomodó el pelo y dijo:

—No sé por qué no bajaste las rueditas.

—¿Qué rueditas?

Soltó una carcajada.

—En la parte de abajo, tiene rueditas.

Más idiota no pude parecer. Ella se siguió riendo, me hizo tentar y, también, me reí.

El taxi

—¿Qué traés en la valija?

—Libros.

—¿Los de Corín Tellado?

—No. Entre los libros que traigo hay novelas de Chéjov, Dostoievsky, Camus, y otras más.

—¿De quiénes son?

—Míos.

—Dijiste que no te gustaba leer libros de esa clase.

—Mis hermanas Charlotte y Emily me dijeron que los hombres prefieren a las mujeres estúpidas.

—No todos pensamos así.

—Yo creí que era así. Le hago mucho caso a mis hermanas. Ellas conocen mucho de la vida.

—¿Son muy mayores a vos?

—Charlotte tiene catorce y Emily, doce.

Volvió a hacerme reír. Todo lo decía como si fuera en serio.

—¿Cuántos hermanos tenés?

—Cinco. Tres varones mayores a mí y mis hermanitas. Entre uno y otro, nos separan dos años.

—¿Seis hijos tuvo tu mamá Virginia?

—Se nota que sos bueno en matemáticas. Fijate que mi mamá tuvo seis hijos y mi papá, también, tuvo seis hijos.

—Está bien. ¿Vas tomarme el pelo todo el tiempo?

—Nunca me atrevería. Esas cosas se le ocurrían a Dalila. Pero, viéndote cargar la valija, no parece que fueras Sansón.

Era imposible no estar sonriendo a su lado. De verdad que era increíblemente simpática y capaz de hacer divertida la cosa más insignificante.

Le pregunté:

—Cuando tu mamá fue a esa casa y contó su primera historia, Biddie le dijo algo. ¿Podés decirme qué le dijo?

—El secreto de cómo contar historias.

—¿Me lo podés decir?

Era una pregunta que solamente un completo imbécil podría haber hecho, traté de corregirme y agregué:

—Dijiste que me contarías cómo Biddie le enseñó a tu mamá a contar historias y ella a vos.

—Te lo conté todo el tiempo. Incluso, el secreto.

Me quedé mirándola. Estando a su lado, a cada momento, me sentía como si estuviera envuelto en la trama de una de esas historias que me había contado. Con ella, era como si no tuviera sentido la diferencia entre lo real y lo ficticio.

Buscó en el bolsillo algo de cambio para darle propina al changador que pondría la valija en el baúl del coche. No le ofrecí unas monedas porque las rechazaría. Lo recordé.

Una pareja iba a subir a uno de los taxis. El changador le abría la puerta. Seguíamos nosotros. No quedaba mucho tiempo.

Necesitaba saber algo.

—¿Por qué me contaste la historia de Biddie?

Giró la cabeza, mirándome.

—Dijiste que no creías en el amor.

La ida

Me dio las gracias por llevarle la valija. No me permitió viajar con ella. Tampoco que le diera un beso en la mejilla, como era costumbre saludarse entre la gente joven. Antes que me moviera para hacerlo, extendió su mano y se despidió estrechando la mía.

Mientras le daba la mano, pregunté:

—¿De verdad Biddie es tu abuela, Devany su hermana, y Virginia, tu mamá?

Soltó mi mano. Subió al taxi.

Por la ventanilla, dijo:

—Te dije que soy contadora de historias.

Con una ancha sonrisa, comenzó a subir el vidrio de la ventanilla. En la calle, llovía.

El taxi de adelante se detuvo en el semáforo de salida. Su taxi frenó atrás.

Azul bajó el vidrio, sacó la cabeza y dijo:

—¡Ey, Nicolás! ¿Te gustaría conocer a Biddie?

—¡Claro!

Dándome la más bellas de sus sonrisas, dijo:

—Si, algún día, encontrás a Biddie no te olvides de regalarle un botón de tu camisa.

El taxi arrancó lentamente.

Pensé: «¿Cuántas escuelas Normal puede haber en Buenos Aires? ¿Cuántas chicas pueden llamarse Azul Fontaine?». Y pen-

sé: ¿Pero si todo fuera ficticio y lo hubiera creado a medida que hablaba? ¿Si hasta su nombre no fuera verdadero?

El taxi salió de la estación y tomó la calle.

Entonces, sentí algo que no sé cómo explicar. Fue como si, en un segundo, hubiera entendido todo y supiera, con absoluta certeza, lo que realmente quería para el resto de mi vida.

Corrí al coche.

Lo corrí varias cuadras.

Se detuvo en un semáforo.

Lo alcancé cuando estaba a punto de arrancar.

Golpee el vidrio de la puerta.

Azul se sorprendió.

Bajó el vidrio.

Llovía torrencialmente.

Me quedé en medio de la vereda, mojado de pies a cabeza, viendo cómo el coche se alejaba.

Azul había dado vuelta la cabeza y me miraba por el vidrio trasero.

En la mano llevaba un botón de mi camisa.